

Tenía un sueño chaval, es que me había quedado sopa tía

*Las dinámicas funcionales de 'chaval' como marcador
del discurso en el lenguaje juvenil madrileño*

Øyunn Rishøi Hedemann



Masteroppgave i spansk språk
Institutt for litteratur, områdestudier og europeiske språk
Humanistisk fakultet
Veileder: Cecilia Alvstad

UNIVERSITETET I OSLO

12.11.2010

Tenía un sueño chaval, es que me había quedado sopa tía

**Las dinámicas funcionales de ‘chaval’ como marcador del discurso
en el lenguaje juvenil madrileño**

© Øyunn Rishøi Hedemann

2010

Tenía un sueño chaval, es que me había quedado sopa tía – las dinámicas funcionales de ‘chaval’ como marcador del discurso en el lenguaje juvenil madrileño

Øyunn Rishøi Hedemann

<http://www.duo.uio.no/>

Trykk: Representeren, Universitetet i Oslo

Sinopsis

El objetivo del presente estudio es examinar y presentar las posibles funciones pragmáticas que desempeña la forma lingüística *chaval* en su uso real y coloquial entre los jóvenes madrileños en sus usos no sustantivos. Realizada dentro del marco de la pragmática, esta investigación toma como base 537 hallazgos de *chaval* obtenidos del corpus COLAm y parte de la hipótesis inicial de que la forma *chaval* está experimentando un traslado de función en el lenguaje juvenil madrileño; traslado desde funciones predominantemente apelativas a otras que tienen su base en un plano metalingüístico.

Los hallazgos de este estudio muestran que la forma *chaval* se emplea entre jóvenes femeninas sin flexionarse ni en número ni en género (fenómeno observado hace tiempo con *hombre*) y que *chaval* se utiliza con fines metadiscursivos, como es la negociación de la relación entre los interlocutores, el desarrollo de la conversación y la indicación del mantenimiento o cesión del turno de la palabra. A la luz de estos hallazgos advertimos la pérdida de condición puramente apelativa de *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño y argumentamos que la forma estudiada está experimentando un proceso de debilitación semántica a favor de un enriquecimiento pragmático y que además los usos analizados están adaptando los rasgos de funcionamiento propios de los marcadores del discurso. Proponemos, finalmente, que este proceso de gramaticalización quizás tenga repercusiones a largo plazo, ya que el mismo tipo de proceso – en el que sustantivos masculinos de tercera persona singular cuyo uso vocativo es o ha sido frecuente abandonan sus funciones puramente vocativas y prestan su uso para fines intercomunicativos sin tomar en cuenta el sexo del interlocutor – puede apreciarse también en otras formas; compárense el español *hombre*, el inglés *man* y el danés *mand*, así como el juvenil madrileño *tío*.

Agradecimientos

Más que nada quiero expresar mi sincera gratitud a Cecilia Alvstad, por su simpatía, su lectura profesional y sus consejos reflexionados, y además por siempre orientarme hacia las soluciones: no creo que se encuentre mejor tutora. Asimismo quiero agradecerle a José María Izquierdo por siempre haber estado dispuesto a ayudarme, por hacerme reír por correo electrónico y por poseer una combinación de academia y humorismo que me inspira y que se aprecia *mazo*.

Muchísimas gracias les debo también a los jóvenes madrileños que se han dejado grabar, así como a Annette Myre Jørgensen y las demás personas de la Universidad de Bergen que han llevado a cabo el proyecto COLAm, sin el cual no hubiera sido posible la presente investigación. Gracias. Finalmente, quiero darles las gracias a mis compañeras de estudio, en particular a Camilla Horne Heidum y a Anna Sara Romøren, porque siempre me han aclarado – y siguen aclarándome – las cosas más complejas y, sobre todo, las más evidentes que no entiendo.

A mi familia y a mi gente, ya sabéis, y a mi chaval, ya sabes.

Øyunn Rishøi Hedemann

Oslo, 12.11.2010.

Índice

1	Introducción	1
1.1	Objetivo	1
1.1	Estado de la cuestión	3
1.2	Disposición	5
2	Fundamento teórico.....	7
2.1	El enfoque pragmático.....	7
2.2	El concepto de marcador del discurso	9
2.3	El marcador del discurso como clase funcional	10
2.4	<i>Chaval</i> como marcador del discurso	12
2.5	El concepto de gramaticalización.....	15
2.6	El lenguaje juvenil.....	17
2.7	La conversación coloquial.....	20
2.8	La cortesía verbal.....	22
3	Material y fundamento metodológico	25
3.1	El corpus COLAm.....	25
3.2	Método analítico aplicado	27
3.3	Dificultades metodológicas y reflexiones sobre la interpretación.....	30
3.4	La organización del análisis	32
4	El uso de <i>chaval</i> en el corpus COLAm.....	34
4.1	<i>Chaval</i> en función de enfocador de la alteridad	34
4.1.1	Enfocador de la alteridad: las estrategias de la cortesía verbal	36
4.1.2	Enfocador de la alteridad: la identidad grupal	38
4.1.3	Enfocador de la alteridad: la estrategia compensatoria.....	39
4.1.4	Enfocador de la alteridad: la fuerza exclamatoria.....	41
4.1.5	Enfocador de la alteridad: en combinación con otros marcadores.....	44
4.1.6	Enfocador de la alteridad: a modo de resumen	46
4.2	<i>Chaval</i> como mantenedor del turno.....	48
4.2.1	Mantenedor del turno: los TRPs en la conversación juvenil.....	50
4.2.2	Mantenedor del turno: en medio del fragmento continuo.....	51
4.2.3	Mantenedor del turno: llenando el hueco entre los enunciados	54
4.2.4	Mantenedor del turno: el fragmento de discurso titubeante.....	56

4.2.5	Mantenedor del turno: a modo de resumen.....	58
4.3	<i>Chaval</i> como enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre.....	60
4.3.1	Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: la cesión del turno	62
4.3.2	Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: la intervención intercalada	64
4.3.3	Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: la relación con el mensaje	67
4.3.4	Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: a modo de resumen.....	69
5	Conclusión.....	71
5.1	En resumen	71
5.2	Las dinámicas funcionales.....	72
5.3	La cortesía verbal en la situación enunciativa juvenil.....	74
5.4	La gramaticalización.....	76
5.5	Perspectivas	77
	Bibliografía.....	81

1 Introducción

A mí siempre me han gustado chaval las ciencias con las letras

1.1 Objetivo

El objetivo del presente estudio es indagar en las posibles funciones pragmáticas que desempeña la forma lingüística *chaval* en su uso real y coloquial entre los jóvenes madrileños, en sus usos no sustantivos. La investigación parte de una hipótesis inicial de que *chaval* – subrayamos, en el lenguaje juvenil madrileño – está experimentando un traslado de función. A la luz de los hallazgos pretendemos, pues, investigar si tiene lugar en *chaval* un cambio de funciones predominantemente apelativas a otras que tienen su base en un plano metalingüístico; investigaremos si las funciones halladas son indicios de que *chaval* está experimentando un proceso de debilitación semántica a favor de un enriquecimiento pragmático, adaptando los rasgos de funcionamiento propios de un marcador del discurso. Esta hipótesis toma como punto de partida hallazgos que muestran la forma *chaval* empleada entre jóvenes madrileñas sin flexionarse ni en número ni en género, fenómeno observado hace tiempo con *hombre*, cuya pérdida de condición puramente apelativa y estatuto como marcador del discurso se ha aceptado hace años – véase, por ejemplo, Martín Zorraquino (1998), Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), y Briz Gómez (1998).

Valga, para comenzar, un pequeño repaso etimológico del término *chaval*: Según la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE 2010), la palabra *chaval* proviene del caló *chavale*, vocativo plural de *chavó*, que viene a decir algo así como *muchacho*. Se trata de una voz muy frecuente y plenamente integrada en el español de hoy (Buzek 2005: 38), su uso es coloquial y se define como *niño* o *joven* (DRAE 2010). En el corpus COLAm, que constituye la base de nuestra investigación, encontramos 537 ocurrencias no sustantivas de *chaval*, es decir, 1,07 por cada mil palabras. La razón por la que nos proponemos estudiar precisamente las dinámicas funcionales de la forma lingüística *chaval* es, al menos parcialmente, basado en datos cuantitativos: de las unidades de tipo semejante en el corpus COLAm, *chaval* es la cuarta más frecuente, sólo adelantada por *tía* (4,48 por mil palabras), *tío* (2,29 por mil palabras), y *tronco* (1,40 por mil palabras)

(Jørgensen 2008: 390). Con base en el mismo material, tanto *tío/a* como *tronco/a* se han tratado en artículos anteriores sobre el lenguaje juvenil madrileño (en Jørgensen 2008 y Jørgensen y Martínez López 2007). Por ello nos parece apropiado, desde un punto de vista cuantitativo, dedicar un estudio particular a *chaval*, unidad que se coloca inmediatamente detrás de éstos en frecuencia y cuyas dinámicas funcionales en el lenguaje juvenil todavía no se han estudiado de forma pormenorizada. De este modo seguimos una recomendación hecha por Martín Zorraquino (1998: 45) quien ya ha señalado la ventaja de realizar estudios particulares sobre cada uno de los marcadores.

El análisis examina únicamente la forma no flexionada *chaval* y prescinde, así, de las variedades flexionadas de la misma forma lingüística (i.e. *chavala*, *chavales*, *chavalas*). La elección de excluir del análisis las formas flexionadas se basa en la baja frecuencia de ellas en el corpus (en comparación con las 537 ocurrencias de *chaval*, *chavala* aparece en función no sustantiva siete veces, *chavales* diecinueve y *chavalas* ninguna) y, sobre todo, en el conocimiento de que pueda haber diferencias de uso entre formas masculinas y femeninas de un mismo marcador (Jørgensen 2008: 392). Al presentar y analizar las funciones predominantes de *chaval* que hallamos en el lenguaje juvenil madrileño, pretendemos dar cuenta de las innovaciones funcionales en su uso, así como dar un paso hacia un mayor entendimiento de los procesos lingüísticos que se manifiestan en el lenguaje juvenil y, en particular, en el uso juvenil de los marcadores del discurso. Las diferencias cuantitativas señaladas apuntan a que el valor sociocultural de las formas flexionadas es diferente a él de *chaval* en el lenguaje de los jóvenes. Un examen rápido de los escasos ejemplos de *chavala* y *chavales* muestra que se comportan como los tradicionalmente llamados vocativos, limitándose a referirse a interlocutores que concuerdan con su flexión, lo cual no refleja un cambio lingüístico del tipo que aquí nos proponemos investigar y, por tanto, respalda nuestra elección de dedicar el estudio entero únicamente a *chaval*.

Dado que el objeto de estudio es el uso interaccional de la forma lingüística en cuestión, prescindimos, además, de todo uso sustantivo de *chaval*, es decir, de los casos en los cuales aparece con artículos o determinativos. A este respecto cabe mencionar, sin embargo, que dicho uso léxico de *chaval* es poco frecuente entre los jóvenes pues el empleo de *chaval* tiende a vincularse con funciones interaccionales que difícilmente se pueden describir en términos léxicos ni atribuir una función sintáctica concreta. Estas observaciones corresponden

con las de Jørgensen (2008: 388), quien ha encontrado “llamativa” la alta frecuencia con la que aparecen palabras sin función sintáctica concreta en el lenguaje juvenil madrileño.

El presente estudio parte, pues, de una hipótesis de que la forma lingüística *chaval* emplea un papel considerablemente más importante en el campo interaccional y actitudinal que en el conceptual en su uso entre los jóvenes madrileños. Dado que la pragmática lingüística no se enfoca en el significado de una forma lingüística en sí, sino que se ocupa del análisis de la intención detrás de los enunciados (Yule 1996: 3) y toma en consideración los factores extralingüísticos que determinan el uso del lenguaje (Escandell Vidal 1993: 16), es ésta la corriente lingüística que constituye el fundamento de nuestro marco teórico: al examinar las dinámicas funcionales de *chaval* estudiaremos desde el punto de vista de la pragmática cómo se utiliza este vocablo en un patrón regular entre los miembros del grupo juvenil. Esperamos, pues, que nuestra investigación contribuya a la comprensión del papel de los marcadores del discurso y que ayude a establecer un abanico de variables más amplios a considerar en la descripción de la marcación en general y en la marcación propia del lenguaje juvenil en particular. Es nuestra creencia, además, que arrojar luz sobre el empleo funcional de *chaval* entre los jóvenes madrileños puede llevar a una mejor comprensión de la evolución de la lengua española en general, y en particular de la evolución del lenguaje coloquial.

1.1 Estado de la cuestión

En las últimas décadas, tanto el análisis pragmático como el análisis de los marcadores del discurso han experimentado un auge considerable (Jørgensen y Martínez López 2009: 68; Cortés Rodríguez y Camacho Adarve 2005: 11; Romera 2004: 1). Los dos enfoques se encuentran vinculados el uno con el otro, ya que los pasos importantes que se han dado en cuanto a los datos y conocimientos sobre la marcación del discurso se pueden entender como una consecuencia de la orientación general hacia un enfoque pragmático de la que hemos sido testigos en la lingüística. Al establecerse el campo de la *pragmática* en el ambiente científico, los marcadores del discurso se han convertido en un ámbito especialmente atrayente para muchos investigadores (Martín Zorraquino y Montolío Durán 1998: 9), probablemente por su importante capacidad de cargarse con funciones extralingüísticas. El precursor de la idea de que existen “enlaces extraoracionales” capaces de expresar transiciones o conexiones

vinculadas con nociones externas a la predicación fue Gili Gaya en su capítulo “Más allá de la oración” publicado en 1943 (Gili Gaya 1948: 297; Martín Zorraquino 1998: 22; Portolés Lázaro 2007 [2001]: 37). Pero sobre todo a partir del riguroso trabajo de Schiffrin (1992 [1987]), cuyo estudio sobre los marcadores se basaba en material coleccionado durante entrevistas sociolingüísticas; de Blakemore (1987), en el cual se propuso la existencia de una clase de expresiones cuya función semántica no contribuía al contenido proposicional del enunciado, sino a la indicación de cómo aquella proposición debía de ser interpretada; y más tarde de Brinton (1996), quien elaboró una lista de características compartidas por los miembros de la categoría de los marcadores del discurso y enfatizó su relación con los procesos de gramaticalización, se han venido desarrollando diferentes acercamientos al uso de los marcadores con el fin de examinar sus funciones en el discurso. Para el español, son de gran importancia y centrales para este trabajo el volumen *Los marcadores del discurso*, coordinado por Martín Zorraquino y Montolío Durán (1998), que contiene contribuciones de algunos de los lingüistas principales al respecto (como son las editoras y, entre otros, Briz Gómez, Fuentes Rodríguez y Pons Bordería), así como el libro *Marcadores del discurso* de Portolés Lázaro (2007 [2001]), el trabajo sistemático y minucioso de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) en *Gramática descriptiva de la lengua española* y más recientemente, los trabajos que relacionan el estudio de los marcadores con otros subcampos teóricos, sobre todo el de Landone (2009) sobre los marcadores del discurso y la cortesía verbal en español.

No obstante, la gran mayoría de los estudios realizados sobre los marcadores del discurso han tratado, y siguen tratando, la marcación en el lenguaje adulto y estándar. El estudio de la marcación en el lenguaje hablado y en particular en el ámbito de la conversación juvenil es relativamente reciente (Jørgensen 2008: 388; Jørgensen y Martínez López 2007: 2). Jørgensen y Martínez López (2009: 68) han nombrado los escasos estudios previos realizados sobre los marcadores en el lenguaje juvenil británico, estadounidense y español. Entre ellos encontramos algunas de nuestras fuentes teóricas principales: el estudio de Andersen (2001), quien analiza marcadores utilizados en lenguaje juvenil de Londres, y los de Jørgensen (2008), Jørgensen y Stenström (2008) y Jørgensen y Martínez López (2007, 2009), que con diferentes enfoques analizan el uso de marcadores juveniles en Londres y Madrid. Podemos constatar, de todos modos, que si la importancia e influencia cultural de los jóvenes hoy en día se hace notar, ya que “la juventud está de moda y a diario se convierte en noticia en unos medios de comunicación siempre ávidos y dispuestos a proyectar su imagen” (Rodríguez

González 2002a: 55), la marcación de su discurso todavía no goza de una amplia bibliografía (Jørgensen 2008: 388).

Ahora bien, el hecho de que los jóvenes utilicen marcadores de modo diferente a los adultos, tanto en cuanto a las formas utilizadas como en cuanto a las funciones de las mismas y su frecuencia (Jørgensen 2009: 164, 2008: 387; Jørgensen y Martínez López 2007: 10), acompañado por la aserción de que la juventud marca pautas para las demás generaciones (Jørgensen 2008: 387) y el conocimiento de que los jóvenes frecuentemente se encuentran al frente de cambios lingüísticos que están en curso (Andersen 2001: 9), se convierte en un considerable motivo para el surgimiento de estudios sobre la marcación juvenil – y no sólo por su temática interesante, sino también porque dichos estudios pueden mostrarse fecundos más allá del campo específico que cubren. A ello añadimos que la relativa escasez de estudios realizados sobre los temas que aquí nos ocupan – hablamos del lenguaje coloquial hablado, el lenguaje juvenil, los ‘elementos marginales’ de la conversación coloquial en general y los marcadores del discurso en particular y, por último y no menos importante, los marcadores del discurso típicamente juveniles – favorece la posibilidad de hacer una contribución académica sin correr el riesgo de caer en la repetición. Así, aunque de naturaleza opcional y por tanto ‘periféricos’ a la predicación oracional, no debemos concederles a estos elementos menor importancia: los elementos lingüísticos cumplen siempre un papel en el discurso – el hablante los utiliza por algo y tal y como constata Martín Zorraquino (1998: 32) “deberíamos saber responder por qué”. Esperamos, pues, que nuestro estudio contribuya a una mayor comprensión de los marcadores del discurso, así como de los procesos de cambio lingüístico del lenguaje juvenil y que, de una forma u otra, pueda ayudar a disminuir la dificultad de clasificación y descripción que caracteriza la clase funcional que constituyen las formas lingüísticas, entre sí muy diferentes, que se emplean como marcadores del discurso.

1.2 Disposición

Como ya se ha mencionado, en el presente estudio daremos cuenta de una sola forma lingüística, *chaval*, cuyas dinámicas funcionales se describirán y se analizarán en las secciones que siguen. La investigación consta de cinco partes. La presente (1) es la introducción, en la que, de forma general e introductoria, se ha presentado el objetivo de

nuestro trabajo, la motivación por la cual lo realizamos y el estado de la cuestión. En la segunda parte (2) exponemos información preparatoria sobre los aspectos que, en su conjunto, forman el marco teórico que constituye el fundamento de nuestro análisis. La tercera parte (3) contiene una descripción del material sobre el cual se basa el análisis, así como de los métodos aplicados para la realización del mismo. La cuarta parte (4) consta del análisis empírico, dividido en tres apartados según las funciones predominantes de los hallazgos: en la sección 4.1 analizamos *chaval* en función de *enfocador de la alteridad*; es decir, cuando se acerca a una función puramente apelativa, utilizándose para orientar al interlocutor y señalar la relación entre los hablantes. En la sección 4.2 analizamos *chaval* en función *metadiscursiva de mantenedor del turno*; esto es, cuando se utiliza para que no se cree un espacio en el cual otro hablante pueda tomar la palabra. En la sección 4.3 analizamos *chaval* en función de *enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre*; es decir, el empleo de *chaval* para orientar al interlocutor y señalar la relación entre los hablantes, así como indicar la renuncia del turno. En la quinta parte (5) se resumen los hallazgos más importantes de la investigación y se presenta una tentativa de situar éstos bajo una perspectiva más amplia.

2 Fundamento teórico

Tengo campo de trabajo chaval parece

2.1 El enfoque pragmático

El presente estudio trata las funciones que desempeña *chaval* en su uso real en el lenguaje juvenil y se ocupa, así, de significados que de forma acentuada dependen del contexto. En otras palabras, los significados que procuramos señalar surgen como resultado de procesos inferenciales en la interpretación contextual de los enunciados – son fenómenos pragmáticos cuya caracterización requieren un aparato teórico subyacente (Andersen 2001: 20). Por ello recurrimos a la pragmática lingüística, campo de investigación relativamente joven y creciente (Escandell Vidal 1993: 15; Andersen 2001: 14) en el que se inserta precisamente nuestro objeto de estudio: el estudio de las propiedades funcionales de las formas lingüísticas en uso y la manera en la que los enunciados se comprenden en un contexto (Andersen 2001: 12; Verschueren 1995: 13), así como el acercamiento a la complejidad del funcionamiento cognitivo, social y cultural de la lengua en la vida de los seres humanos (Verschueren 1995: 13-14). Ahora bien, bajo la misma rúbrica de *pragmática* vienen conviviendo desde hace tiempo direcciones de investigación muy diferenciadas (Escandell Vidal 1993: 15) que hacen que la esfera de su objeto no esté claramente definida (Schlieben-Lange 1987 [1975]: 11) y la delimitación precisa de la teoría suele causar problemas (Andersen 2001: 14).

Según Yule, el estudio pragmático comprende cuatro campos que todos repercuten sobre nuestro análisis. El primero es *The study of speaker meaning*, que analiza la intención que comunican los enunciados. El segundo, *The study of contextual meaning*, considera cómo los emisores organizan sus enunciados según a quién, dónde, cuándo y en qué circunstancias hablan. El tercer campo, *The study of how more gets communicated than is said*, explora cómo los receptores pueden – mediante procesos inferenciales en la interpretación – reconocer propósitos intencionales ‘invisibles’ en el mensaje del emisor. Y por último, *The study of the expression of relative distance*, que se basa en la idea de que los emisores determinan la forma que toma su propósito intencional según el grado de cercanía – sea física, social o conceptual – que comparten con el receptor (Yule 1996: 3).

Nos basamos, en otras palabras, en un modelo pragmático que se propone explicar cómo los hablantes procesamos la información lingüística (Montolío Durán 1998: 93). Por ello es crucial para nuestro análisis el aspecto teórico inferencial: consideramos que los hablantes no se limitan a interpretar la información que está codificada lingüísticamente (Montolío Durán 1998: 95), que una simple descodificación nunca es suficiente, y que la comunicación humana es, esencialmente, una comunicación inferencial (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 15). Con *inferencia* entendemos la utilización del oyente de conocimiento adicional para captar los significados que no sean explícitos en un enunciado (Yule 1996: 131). De este modo, es imprescindible para nuestro análisis la consideración de que los enunciados poseen información de distinta naturaleza: información léxica acerca del contenido proposicional del enunciado, llamada *información conceptual*, y también información pragmática acerca de cómo ha de procesarse esta información conceptual en relación con el contexto, *información procedimental* (Montolío Durán 1998: 114). La comunicación exitosa implica así un comportamiento intencional por parte del hablante, quien provee información conceptual y procedimental, y un reconocimiento de este comportamiento intencional de parte del destinatario (Andersen 2001: 14). Todas estas consideraciones caracterizan el campo de la pragmática y resultan particularmente aplicables al estudio del funcionamiento de los marcadores del discurso – en nuestro caso *chaval* –, pues como Portolés Lázaro ha señalado, los marcadores pueden prestar su uso, precisamente, a guiar las inferencias del interlocutor en la interpretación de los enunciados:

[...] cuando hablamos [...] pretendemos que nuestro interlocutor no sólo descodifique lo que decimos sino que lo enriquezca contextualmente de un modo determinado. Para lograr este fin se recurre, entre otros medios, a los marcadores, ya que guían el procesamiento de lo comunicado por los distintos miembros del discurso y permiten obtener las inferencias queridas (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 34).

Así, los marcadores del discurso parecen funcionar como señales en la comunicación, pistas contextuales que facilitan la interpretación del oyente de los enunciados y por ello deben ser tratados y examinados dentro del campo de la pragmática (Aijmer 2002: 2), campo que no estudia las propiedades formales de la gramática, sino el efecto de factores contextuales en la interpretación de los enunciados (Andersen 2001: 14). De acuerdo con este enfoque pragmático, del uso de *chaval* es de interés, pues, tanto lo dicho como lo que se quiere decir (Bañón 1993: 20), de ahí que procuraremos explicar los fenómenos analizados a partir del uso de la lengua en un contexto, enfocándonos en el funcionamiento teleológico de la

comunicación. Este tipo de enfoque nos permite evitar, en mayor grado que la semántica o la gramática, la idealización del objeto de estudio, pero lleva consigo la posibilidad de errores de interpretación, cuestión metodológica que trataremos en el capítulo 3.

2.2 El concepto de marcador del discurso

De acuerdo con el enfoque pragmático que utilizamos en el presente estudio, la comunicación humana se comprende como esencialmente inferencial, y “existen unidades lingüísticas cuyo significado convencionalmente fijado en la lengua condiciona el procesamiento del discurso en relación con el contexto” (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 26) – los marcadores del discurso. A pesar de los pasos que se han dado desde los años ochenta en relación con el análisis de estas unidades, todavía constituyen un espacio funcional discutido. Existe poca terminología acordada – hasta la definición es controvertida (Urgelles-Coll 2010: 23) – lo cual se ve reflejado en los diversos nombres que ha recibido el mismo concepto o conceptos cercanos en el transcurso de los años: *enlace extraoracional*, *marcador del discurso*, *partícula discursiva*, *marcador pragmático*, *partícula pragmática*, *muletilla*, *expletivo*. Lo mismo ocurre en inglés, donde se han utilizado, por ejemplo, los términos *interactional signal*, *smallword* o *mystery particle*. Para una panorámica de las definiciones que se han propuesto para las unidades que nos ocupan, pueden verse por ejemplo Landone (2009: 11-12, 78-79) y Portolés Lázaro (2007 [2001]: 36).

Como se puede apreciar, tratamos una categoría y noción pragmática cuya definición está “todavía en ciernes” (Landone 2009: 9) y cuya problemática delimitación junto con la ausencia de tratamiento sistemático plantea problemas (Martín Zorraquino y Montolío Durán 1998: 13; Briz Gómez 1998: 169; Landone 2009: 11), lo cual puede convertir su descripción en “un rompecabezas conceptual y terminológico” (Cortés Rodríguez y Camacho Adarve 2005: 140). De hecho, se ha advertido que en el ámbito de esta clase funcional, la información sobre escuelas, modelos, métodos, etc. es tan variada que puede llevar a un exceso de información teórica que termina por oscurecer la originalidad y la eficacia de las conclusiones (Martín Zorraquino 2006: 54; Landone 2009: 14). Dado que el alcance del presente estudio no nos permite sumergirnos en una tarea definitoria – ni creemos que semejante discusión sirviera nuestro propósito – intentamos actuar de acuerdo con esta advertencia, limitándonos a

señalar que la problemática delimitación pone de manifiesto la complejidad del concepto de *marcador del discurso* y que las vacilaciones denominativas reflejan la variedad del material lingüístico que da forma al espacio funcional en cuestión (Landone 2009: 79), el amplio registro de acercamientos al estudio de estos elementos, así como las funciones múltiples que parecen cumplir.

Con el objetivo de no permitir que una discusión terminológica obstruya la adquisición del conocimiento del uso funcional de *chaval*, y para no recortar la riqueza de la descripción, adaptaremos en el presente estudio una visión categorial no estricta, sino difusa (Pons Bordería 1998: 227). Siguiendo a Landone (2009: 12) consideraremos las tres denominaciones más comunes en la lingüística española, *marcador del discurso*, *marcador pragmático* y *partícula pragmática*, como sinónimas, omitiendo las diferencias de connotación. Utilizaremos el término *marcador del discurso* por ser el más empleado para la categorización de esta clase funcional dentro de la tradición lingüística española (Cortés Rodríguez y Camacho Adarve 2005: 140). Dado que este término no contiene una indicación sobre la propiedad pragmática de los elementos en cuestión, quisiéramos subrayar que consideramos los marcadores del discurso pragmáticos en el sentido de que muestran un grado de especificación léxica relativamente bajo y un grado de sensibilidad contextual alto (Andersen 2001: 40). A este respecto cabe mencionar que nuestra concepción de un marcador del discurso no engloba lo que se pudiera denominar *expletivo* o *muletilla* – si existe – ya que consideramos, con Portolés Lázaro, que los marcadores poseen un valor para el buen funcionamiento de la conversación, no se pueden considerar innecesarios, y que no dejan de utilizarse con un cierto cometido en el proceso de la interacción verbal (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 134). De hecho, en la mayoría de los casos parecen desempeñar un papel importante como engarces textuales (Narbona Jiménez 1989: 187) – si se omite un marcador, no habrá un problema de significado proposicional del enunciado ni de agramaticalidad, pero sí de éxito inferencial sobre las intenciones comunicativas del emisor (Landone 2009: 95).

2.3 El marcador del discurso como clase funcional

El hecho de que no se trate de un concepto de fundamento gramatical, sino semántico-pragmático (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 74) es el gran responsable de la compleja

delimitación del concepto *marcador del discurso*. Los estudiosos parecen coincidir en que los marcadores del discurso, al no provenir de una clase gramatical única (compárese, por ejemplo, *oye, hombre, es que y pues*) configuran una categoría pragmática y no una clase gramatical (Landone 2009: 89). Aunque constituyen fenómenos escalares y dinámicos que no permiten categorías con confines netos (Landone 2009: 89), parece como mínimo haber consenso en dos restricciones para esta clase funcional: una morfológica – son unidades invariables o que tienden a la invariabilidad (Martín Zorraquino 1998: 47; Portolés Lázaro 2007 [2001]: 26; Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4060), y otra sintáctica – son elementos periféricos en la predicación (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 49). Estas restricciones deben considerarse, sin embargo, como secundarias, ya que el criterio fundamental de la definición se enclava en la pragmática (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 49). Avancemos apoyados en la dilucidación de Landone:

Si las restricciones gramaticales son secundarias y la única condición realmente necesaria es que los marcadores pragmáticos actúen como tales [...], sería preciso especificar cómo funciona un marcador (Landone 2009: 92).

El problema que presenta dicha especificación es que las funciones de los marcadores, además de dinámicas, no parecen ser lo suficientemente específicas como para formar un grupo de elementos homogéneos entre sí (Garcés Gómez 2008: 21-25). En un intento de reunir las propiedades funcionales comunitarias, podemos constatar que los marcadores permiten relacionar entidades – sean ellas constituyentes textuales, fragmentos discursivos, material implícito o hablantes (Landone 2009: 79); es decir, permiten vincular el miembro de discurso al que remiten con otras unidades externas a él.

Para delimitar aún más el concepto del marcador del discurso, quisiéramos presentar, de forma adaptada, las observaciones sobre las características de los marcadores que se destacan en el trabajo de Brinton (1996: 33-35): se trata de una serie heterogénea de formas difíciles de ubicar dentro de una clase de palabras tradicional. Predominantemente son unidades propias al discurso oral, son cortas y a menudo fonológicamente reducidas. Ocurren con alta frecuencia y suelen ser estigmatizadas estilísticamente. Son opcionales más que obligatorias, portadoras de poco o ningún sentido proposicional y, ya que ocurren fuera de la estructura sintáctica, no poseen una función gramatical clara. Como ya hemos mencionado brevemente, otros estudiosos añaden a estas características un aspecto explícitamente vinculado con la comunicación inferencial: de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas,

semánticas y pragmáticas guían los marcadores las inferencias que se realizan en la comunicación (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 26; Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4057), acompañando y facilitando los procesos inferenciales pragmáticos requeridos para identificar el significado intencional que el hablante desea comunicar (Andersen 2001: 22).

Conviene detenernos en una última característica de los marcadores del discurso notada por muchos estudiosos: los marcadores pueden ser – y suelen ser – multifuncionales (Martín Zorraquino 1998: 23; Landone 2009: 99; Jørgensen 2008: 388; Brinton 1996: 35). Con esto queremos decir que los marcadores no sólo pueden operar en diversos niveles de la interacción, como el textual y el interpersonal, sino que también pueden desempeñar diferentes funciones pragmáticas en contextos diferentes. En palabras de Iglesias Recuero (2001: 253): “La misma pluralidad de niveles que entra en juego en el discurso, repercute en la plurifuncionalidad de los marcadores”. Incluso son, frecuentemente, multifuncionales en virtud de presentar varias características pragmáticas a la vez (Andersen 2001: 64). Los límites entre una función y otra no siempre quedan claros (Jørgensen y Martínez López 2007: 2), algo que, en cierta medida, puede explicar la asistemática organización categorial de los marcadores. A este respecto conviene mencionar que ya se ha señalado cómo ciertos marcadores muestran aún más funciones en el ámbito del lenguaje juvenil que en el adulto (Jørgensen y Martínez López 2007: 2).

2.4 Chaval como marcador del discurso

En este estudio sobre el uso no sustantivo de *chaval* entre los jóvenes madrileños, hemos optado por utilizar el término *marcador del discurso* para su descripción. Ya que muchos lingüistas del lenguaje adulto o estándar probablemente dirían intuitivamente que se trata de un vocativo – al respecto puede verse Alonso-Cortés (1999: 4044) que lo trata como un nombre empleado como vocativo denotador de edad – nos detendremos en este apartado en las explicaciones de nuestra elección. El vocativo es el uso de un nombre o pronombre para apelar al oyente o segunda persona gramatical (Alonso-Cortés 1999: 4037); es decir, una fórmula de tratamiento que sirve para invocar, llamar o nombrar, y que a menudo denota alguna propiedad del hablante, como la edad (Alonso-Cortés 1999: 4037). Así, en muchos de

nuestros hallazgos, la función de *chaval* entre los jóvenes parece (casi) inseparable de la tradicionalmente llamada función vocativa:

MALCE2G01: ah *chaval*, el pichote volvió con la Mari

MALCE2G03: no

MALCE2G01: sí

MALCE2G03: no... ¿y eso?

Como se puede apreciar en este ejemplo, el empleo de *chaval* muestra todas las propiedades de un vocativo: formalmente se trata de un elemento nominal y, típicamente, un nombre singular (Leech 1999: 107; Alonso-Cortés 1999: 4037) que se encuentra libremente atado a la estructura sintáctica (Leech 1999: 108). En cuanto a la semántica y pragmática, refiere al destinatario del enunciado con el que ocurre y tiene posibilidades de movilidad posicional (Leech 1999: 108; Alonso-Cortés 1999: 4047). Ahora bien, veamos otro uso de *chaval* sacado de las conversaciones del corpus:

MALCC2J03: nooo... sabes, no... no me puedo quedar catorce horas durmiendo, que hace mi hermana a veces, que es...

MALCC2J01: joder yo sí *chaval*

MALCC2J03: Ana se pone a dormir y, y, y si no la despiertan puede dormir casi un día entero, o sea... hombre, yo no

Este ejemplo ha sido extraído de una conversación mantenida únicamente por chicas y al sumarse a varios ejemplos semejantes nos presenta un uso juvenil de *chaval* que muestra una pérdida de la moción de género, y muchas veces también de número, uso que, por tanto, no puede decirse aporte significado de tipo léxico a la comunicación. Dada esta divergencia entre *chaval* y la destinataria del enunciado con el que concurre – es decir, el ser de realidad extralingüística al que ‘refiere’ – difícilmente podríamos argumentar que se trate de casos de invocación directa. Así, donde *chaval* en los casos de destinatario masculino puede resultar prácticamente confundible con un vocativo, en los casos de destinataria femenina se muestra evidente su potencial invariabilidad. Los datos cuantitativos – recordamos los 537 usos de *chaval* y los siete de *chavala* – simplemente podrían indicar un uso extensivo del marcador en ambientes masculinos, pero los hallazgos muestran que no es así: de los enunciados que

concurren con *chaval*, 152 provienen de bocas femeninas y varios de ellos a sujetos femeninos, incluso en grupos constituidos exclusivamente por interlocutores femeninos. Encontramos, además, usos de *chaval* con emisores masculinos y destinatarias femeninas.

A la luz de estas observaciones se podría discutir si en el análisis deberíamos intentar separar los usos de *chaval* ‘puramente’ vocativos de los usos de *chaval* como marcador, lo cual, en nuestra opinión, sería entrar en una tarea de categorización problemática desde el punto de vista científico: si en el ambiente conversacional juvenil existen usos de *chaval* que a primera vista se pueden considerar vocativos pero que de pronto aparecen – en su forma masculina – entre sujetos femeninos, no sería defendible señalar en las conversaciones entre sujetos masculinos cuándo el uso de *chaval* es de pura invocación y cuándo – si el interlocutor hubiera sido una chica – hubiera revelado su invariabilidad y con ella la indudable importancia de sus funciones pragmáticas y su estatuto como marcador. En el corpus encontramos casos en los cuales los enunciados con los que concurre *chaval* pueden considerarse en pie de igualdad tanto en cuanto a situación, tipo de enunciado, modalidad y estructura, aunque en unos casos el destinatario es de sexo masculino y en otros de sexo femenino. Los resultados de esta investigación muestran, además, que incluso cuando *chaval* es empleado en función apelativa en los casos de destinatario masculino, pueden identificarse en su uso funciones que afectan al desarrollo de la conversación y a la negociación de las relaciones interpersonales, funciones pragmáticas propias de los marcadores del discurso. A este respecto cabe mencionar que no encontramos en el corpus ningún uso de *chaval* que concorra con posesivos (como sería *mi chaval* o *chaval mío*) ni que reciba complementos (como sería *chaval de mierda*), estructuras que indicarían un uso plenamente vocativo (Alonso-Cortés 1999: 4045).

Puesto de otra forma, creemos que categorizar determinados usos de *chaval* del corpus como vocativos, considerando que la función de ellos se limita a la de invocar, sería simplificar su impacto y prescindir de sus posibilidades en tanto aporte interrelacional y procedimental. Así, para no recortar los matices de la descripción, evitamos el término vocativo, y, siguiendo a Portolés Lázaro (2007 [2001]: 49) y Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4173), ampliamos el término *marcador del discurso* a las formas apelativas que han perdido sólo parte de sus posibilidades de flexión y combinación. De este modo evitamos meter *chaval* en una ‘camisa de fuerza’ que limite su función a la invocación y que exija concordancia con una segunda persona gramatical. Según Brinton (1996: 37), reclamar la atención del oyente es una

de las funciones que pueden desempeñar los marcadores – de modo que, en los casos de *chaval* en los cuales se destaque la orientación y apelación al interlocutor, utilizaremos el término *marcador enfocador de la alteridad*, por el deseo de considerar que la marcación del discurso subsuma un tipo de marcación con propiedades considerablemente apelativas, pero que no necesariamente tiene que concordar en número y género con el ‘otro’ al que apunta.

Ahora bien, detengámonos de nuevo en el ejemplo que habíamos sacado de una conversación entre chicas, ya que resulta relevante en un doble sentido: además de un uso no flexionado de *chaval*, muestra, al final, la forma lingüística *hombre* utilizada como marcador del discurso, por lo que se manifiesta una clara divergencia con la referente del enunciado. Hoy en día, son pocas las personas que cuestionarían este uso ‘divergente’, porque ya no se da por sentado que *hombre* tenga que referirse al interlocutor. Argumentamos, pues, que *hombre* ha pasado por un proceso de gramaticalización, debilitándose semánticamente hasta llegar a un estatuto de marcador del discurso (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4172), y nuestra hipótesis es que, hoy en día, *chaval* se ve involucrado en el mismo tipo de proceso en el lenguaje juvenil madrileño.

2.5 El concepto de gramaticalización

La teoría que concierne los procesos de gramaticalización en los que los marcadores del discurso frecuentemente se ven involucrados puede explicar, hasta cierta medida, la delimitación problemática del marcador del discurso (Andersen 2001: 33, 41). La misma teoría es fundamental para la clasificación del uso juvenil madrileño de *chaval* como el de un marcador. Según Briz Gómez, numerosas voces se convierten en reguladores fáticos, llamadas de atención o refuerzos argumentativos tras la pérdida de su significado original (Briz Gómez 1998: 99). Es decir que, mediante un proceso de gramaticalización, una forma lingüística puede acabar funcionando entera o parcialmente como un marcador del discurso:

Los marcadores del discurso proceden de la evolución de una serie de sintagmas que, de una parte, van perdiendo sus posibilidades de flexión y combinación, y, de otra, van abandonando su significado conceptual y se especializan en otro de procesamiento (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4060).

Visto así, en un estudio de material sincrónico como es el presente, se podrán observar distintos grados de gramaticalización en operación a la vez, lo cual explica que algunos usos de *chaval* aparezcan flexionados, mientras que otros parecen carecer de posibilidad de flexión. De hecho, si la comprobación de la invariabilidad es uno de los parámetros para identificar un marcador del discurso y determinar el estatuto de marcador para las unidades que pueden funcionar en la lengua también con otro valor categorial (Martín Zorraquino 1998: 45-47), en muchos casos dicho intento de comprobación pone de manifiesto la existencia de unidades lingüísticas que se hallan en proceso de gramaticalización, pero que todavía no han alcanzado un grado de fijación plena (Martín Zorraquino 1998: 47) – tal como manifiesta el uso de *chaval*. Así, la prueba de que ciertos sintagmas no funcionan plenamente como la categoría de la que provienen, sino que constituyen marcadores del discurso, radica precisamente en la clara tendencia que muestran hacia la invariabilidad (Martín Zorraquino 1998: 45-46).

Son varios los estudiosos que señalan que los elementos que experimentan un proceso de gramaticalización pueden conservar, al menos en parte, un significado conceptual (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 23; Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4060; Andersen 2001: 33; Hopper 1991: 22); es decir, que poseen una evidente relación con el significado conceptual de las unidades que las han originado (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 25):

When a form undergoes grammaticization [...] some traces of its original lexical meanings tend to adhere to it, and details of its lexical history may be reflected in constraints on its grammatical distribution (Hopper 1991: 41).

De este modo, un marcador del discurso en proceso de gramaticalización puede admitir alguna variación morfológica y capacidad combinatoria, aunque carece de una total libertad sintáctica y de flexión (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 145). También pueden co-existir las funciones nuevas con las ‘originales’ (Andersen 2001: 56) – véase los diversos usos de *hombre* – lo cual facilita el estudio de su evolución. Si las unidades que vienen a utilizarse como marcadores pueden, en la mayoría de los casos, presentar muestras de su origen en material léxico, podríamos proponer que los marcadores constituyen manifestaciones de procesos lingüísticos en los cuales el estatuto sintáctico-semántico del material léxico original se ve alterado (Andersen 2001: 33). A través de procesos de gramaticalización, los significados léxicos de ciertas palabras han sido preteridos por funciones pragmáticas que involucran la relación entre hablante y oyente, enunciado o texto, y se han venido

construyendo los marcadores del discurso, elementos con propiedades “formales, funcionales y pragmáticas excepcionales” (Aijmer 2002: 2). El proceso de alteración tiende a manifestarse en una pérdida o debilitación de significado léxico acompañada por un refuerzo del impacto pragmático, de manera que la unidad en cuestión empieza a aportar significados cada vez más basados en la situación comunicativa (Andersen 2001: 35):

It is a gradient phenomenon, whereby forms and constructions that at first express primarily concrete, lexical, and objective meanings come through repeated use in local syntactic contexts to serve increasingly abstract, pragmatic, interpersonal, and speaker-based functions (Traugott 1995: 32).

Basta con examinar un fragmento de discurso como *Ala ala chaval, ala a ver tía* (MAMTE2J01), para apreciar esta redistribución de significado, siendo las funciones que ha adquirido *chaval* lexicalmente menos concretas – ya no viene a significar *chico* o *tú, chico* – y más basadas en la situación comunicativa e interaccional. Transformar de este modo el lenguaje estándar de manera creativa, a menudo volviéndolo estereotípico en el camino, es una característica del lenguaje juvenil (Henne 1986: 208). De hecho, se ha empezado a estudiar el papel que emplean los hablantes jóvenes en los procesos de gramaticalización: estudios recientes muestran que los jóvenes encabezan procesos lingüísticos en los cuales unidades léxicas adoptan funciones pragmáticas y discursivas a expensas de su importancia léxica (Andersen 2001: 9). Subrayamos que estar sometido a un cambio lingüístico acelerado es precisamente una propiedad importante del lenguaje juvenil, que se caracteriza por tener una relación más relajada con las normativas oficiales (Jørgensen y Martínez López 2007: 6). Los cambios producidos pueden ser determinados por factores estilísticos, pero también por el gasto de articulación, siendo las formas invariables más fáciles de producir (Andersen 2001: 22); un principio de economía dentro del proceso de innovación que también se refleja en la reutilización de formas existentes para nuevos propósitos (Hopper y Traugott 1993: 65).

2.6 El lenguaje juvenil

Nuestro objeto de estudio es un fenómeno del lenguaje juvenil madrileño y, por tanto, nuestra investigación forma parte de un campo de trabajo lingüístico que concierne el lenguaje juvenil. En el último siglo, y en particular durante las últimas décadas, la juventud ha ido cobrando fuerza como grupo social (Rodríguez González 2002b: 15). Aunque los grupos

juveniles socialmente no son ni completamente autónomos ni dependientes, se ha demostrado que forman grupos influyentes en la sociedad (Andersen 2001: 4). Como consecuencia, numerosos estudios se han ocupado de los jóvenes desde perspectivas tan variadas como la sociología, la psicología, y la criminología. A pesar de ello, existen relativamente pocos estudiosos que se han ocupado de analizar su lenguaje (Rodríguez González 2002b: 15), aunque resulte obvio que los jóvenes han creado un sistema cultural propio y, con ello, su idioma se ha visto afectado (Zimmermann 2002: 13). En la presente investigación consideramos que el lenguaje juvenil forma un componente importante del lenguaje hablado y que su estudio tiene mucho que ofrecer al estudio de la lengua – por ejemplo en cuanto a variación, inventiva lingüística y cambio lingüístico pues, como ya mencionado, son varios los estudios sociolingüísticos que proporcionan evidencia de que los jóvenes constituyen una fuente excelente para el estudio de evoluciones lingüísticas que están en curso (Andersen 2001: 7).

Reconocer que el lenguaje juvenil es una variedad especial de la cultura oral conlleva, según Zimmermann, dos cambios importantes: los estudios sobre el lenguaje hablado tienen que incluir las variedades juveniles en su investigación (lo que no se ha hecho) y los estudios sobre el lenguaje juvenil tienen que hacer más hincapié en los fenómenos del estilo oral (lo que tampoco se ha hecho con suficiente énfasis) en lugar de restringirse a enumerar rasgos léxicos y morfológicos (Zimmermann 2002: 161). Así, se ha solicitado una intensificación y profundización de los estudios que conciernen el lenguaje juvenil a fin de aproximarse a un nivel de comprensión adecuado en términos de características pragmáticas de la comunicación (Andersen 2001: 11). Andersen argumenta que la naturaleza transicional, como de umbral, del lenguaje juvenil lo convierte en un campo de gran interés para los estudios empíricos (Andersen 2001: 7) y Jørgensen y Martínez López (2007: 2) señalan que la comunicación entre los jóvenes presenta una serie de particularidades dignas de estudio desde una perspectiva pragmática, entre otras cosas por la alta frecuencia que muestra en el uso de los marcadores del discurso.

¿Qué caracteriza, pues, el lenguaje juvenil? Entendemos el lenguaje juvenil como un conjunto de rasgos lingüísticos presentes en las manifestaciones lingüísticas de los jóvenes producidas de forma oral en situaciones coloquiales informales (Herrero 2002: 65). No es, entonces, una unidad constante, sino que está sometida a un espacio social y comunicativo, parámetros que hacen que haya una pluralidad de lenguajes juveniles (Jørgensen y Martínez López 2007: 6;

Zimmermann 2002: 145), entre los cuales hallamos el madrileño, que a su vez también se podría dividir en subvariedades. Para adquirir una comprensión general del lenguaje de los jóvenes, vale tomar nota de la etapa de transición personal y de desarrollo humano en la que se encuentran dichos hablantes, con su correspondiente inseguridad general, búsqueda de identidad y desplazamiento entre lo que es legítimo y lo que no lo es (Jørgensen y Martínez López 2007: 6):

The external and internal forces that shape the individual are particularly salient in adolescence, reflected in the overall significance of in-groupness, increasing drive towards autonomy and marking of distinctness from, especially, the parent generation, but also from other groups of the same age (Andersen 2001: 4).

Más tarde veremos como estas características se ven reflejadas en las manifestaciones lingüísticas de los jóvenes, porque también en el uso que hacen de la lengua, los jóvenes procuran asegurar su identidad grupal, reforzar el contacto social y las relaciones interpersonales existentes (Herrero 2002: 69), así como expresar valores y un estilo de pensar y de vida que les proporciona complicidad y solidaridad entre ellos (Jørgensen y Martínez López 2007: 6). Estas nociones de *in-groupness* se vinculan con el empleo de marcadores típicamente juveniles – como es *chaval*:

Los interlocutores se aseguran la existencia de conocimientos y valores comunes que no tienen los otros, los adultos, y estos rasgos se manifiestan en la selección de algunas funciones. En los marcadores propiamente juveniles, creados por ellos, su creatividad léxica se hace patente y asegura la pertinencia al grupo (Jørgensen y Martínez López 2007: 5-6).

Como se puede apreciar, uno de los rasgos del lenguaje juvenil es, precisamente, el uso de determinados marcadores discursivos propios del grupo (Jørgensen 2008: 388). Al emplear unidades que o en su forma o en su función se distinguen de las que utilizan ‘los otros’, se crea un distanciamiento de éstos y una correspondiente identidad comunitaria dentro del grupo. Los marcadores juveniles pueden verse, así, como un tipo de medio comunicativo que contribuye al establecimiento y refuerzo de la relación entre los hablantes (Jørgensen 2008: 390), formando recursos particularmente útiles en la etapa de inseguridad en la que se encuentran los jóvenes. Esta oposición (parcial) a la cultura de los adultos tiene que ver con la ya mencionada velocidad de cambio característica del lenguaje de los jóvenes (Zimmermann 2002: 144), lo cual corresponde con las observaciones de Andersen, quien en su estudio sobre la gramaticalización comenta que muchos de los cambios lingüísticos son motivados

precisamente por la necesidad creciente de los jóvenes de expresar autonomía del grupo de los padres y lealtad al grupo paritario (Andersen 2001: 8).

2.7 La conversación coloquial

Nuestro estudio da cuenta de las características pragmáticas del lenguaje juvenil en uso y concierne, por tanto, fenómenos propios de la conversación, específicamente la conversación coloquial. Concebimos, con Moreno Fernández, la conversación como un proceso, una interacción social, psicológica y lingüística que se distingue de otro tipo de discurso por tratarse de una interlocución en presencia, cara a cara (Moreno Fernández 2005 [1998]: 163). La conversación coloquial es cotidiana, espontánea e informal, y se caracteriza por la inmediatez comunicativa, por la falta de planificación y por la toma de turnos no predeterminada (Briz Gómez 1998: 37, 42; 2004 [2000]: 49). Por ello, el proseguimiento más adecuado para el estudio de la conversación coloquial es el análisis de materiales naturales, i.e. datos reales recopilados (Moreno Fernández 2005 [1998]: 163). El material que analizamos aquí está constituido por conversaciones coloquiales prototípicas – lo que quiere decir que las conversaciones presentan destacados rasgos coloquializadores, como son la relación de igualdad entre los interlocutores, la relación vivencial de proximidad, el marco discursivo familiar, la temática no especializada, el tono informal y la finalidad interpersonal de la comunicación (Briz Gómez 1998: 41). A ello podemos añadir que, tal y como Jørgensen y Martínez López (2007: 17) ya han señalado, el lenguaje de los jóvenes es “el coloquial por excelencia”.

Las conversaciones del corpus COLAm se caracterizan por una toma de turnos no predeterminada, en ellas no se ha decidido anteriormente quién puede hablar, cuándo, cuánto, qué y cómo, sino que la estructura se va desarrollando mientras progresa la conversación. Por ello quisiéramos dar a conocer la concepción de la estructura de la conversación que adoptamos aquí. Recordemos, con este propósito, la metáfora analítica de una economía de mercado propuesta por Yule:

In this market, there is a scarce commodity called the floor which can be defined as the right to speak. Having control of this scarce commodity at any time is called a turn. In any situation where control is not fixed in advance, anyone can attempt to get control. This is called turn-taking. Because it is a form of social action, turn-taking operates in accordance with a local management system that is conventionally known by members of the group. The local management system is essentially a set of conventions for getting turns, keeping them, or giving them away. This system is needed most at those points where there is a possible change in who has the turn. Any possible change-of-turn point is called a Transition Relevance Place, or TRP. Within any social group, there will be features of talk (or absence of talk) typically associated with a TRP (Yule 1996: 72).

Notemos, que cada grupo social dispondrá rasgos discursivos que típicamente se relacionan con los puntos en los cuales se posibilita un cambio de turno, y clarificamos, con Brinton (1996: 37), que los marcadores frecuentemente prestan su uso, precisamente, para ayudar a los hablantes a manejar su discurso en relación con la toma de los turnos, por ejemplo con el fin de adquirir, mantener o renunciar *the floor*, o *el espacio*, como lo podemos denominar en español. A lo largo de este análisis mostraremos cómo el empleo de *chaval* se encuentra vinculado con la estructuración de la conversación; en particular tomaremos prestada de la teoría de Yule la noción de *TRP* para referirnos a los puntos en los cuales se posibilita un cambio de turno. Podemos adelantar que *chaval* se utiliza tanto para sostener el discurso y mantener el turno, evitando el surgimiento de TRPs, como para ceder el turno, indicando con el uso de *chaval* la llegada del TRP, con lo que se facilita el cambio de turno. Con respecto a la forma que toman las conversaciones coloquiales del corpus conviene mencionar, además, que la conversación juvenil suele caracterizarse por el llamado *high-involvement style* (Andersen 2001: 7); se trata de un estilo coloquial reconocible por la expectación de participación muy activa, la velocidad de habla relativamente rápida con pocas pausas entre los turnos, a menudo incluyendo traslajos e incluso finalizaciones del turno de otro (Yule 1996: 76). La conversación coloquial juvenil debe concebirse, por tanto, como una situación enunciativa particularmente dinámica e interactiva, con participación alta y a veces simultánea. Dadas estas características particulares de la realidad que nos proponemos investigar, es preciso aclarar que, para la descripción del funcionamiento de *chaval*, a lo largo del análisis utilizaremos cuatro unidades referenciales: *enunciado*, *fragmento de discurso*, *turno* e *intervención*. Con *enunciado* nos referimos al segmento más pequeño de discurso que posee independencia intencional (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 39), mientras que utilizaremos *fragmento de discurso* de forma menos estricta, *turno* para hablar de la unidad que hace que la conversación progrese dentro de cierto orden (Briz Gómez 1998: 52) e *intervención* para

referirnos al conjunto de fragmentos discursivos que constituye lo que profiere el hablante en un turno de habla.

2.8 La cortesía verbal

En el presente estudio se supone, como se ha señalado, que gran parte de lo que decimos y mucho de lo que comunicamos viene determinado por el contexto y la relación social en la que nos encontramos. Desde esta perspectiva, la interacción lingüística es, necesariamente, una interacción social (Yule 1996: 59), de forma que nos parece necesario presentar otro concepto imprescindible para la concepción de nuestro análisis, el de la *cortesía verbal*, cuyo hábitat propio es el de la interacción social entre humanos (Landone 2009: 174). Aunque se hayan venido desarrollando diferentes teorías a su entorno, principalmente en el marco de la pragmática (Landone 2009: 16), no existe consenso sobre lo que es la cortesía verbal. Para una panorámica de las diversas perspectivas, puede verse Landone (2009: 17-20). Aquí nos limitamos a señalar que todas estas perspectivas se basan en la noción bajtiana de que los procesos comunicativos conforman la base de la vida social y que la función interactiva y relacional del lenguaje es tan importante como su función informativa (Landone 2009: 20).

Ahora bien, para que un interlocutor comprenda lo que se está comunicando en una interacción, tiene que tener en cuenta varios factores relacionados con la distancia y la cercanía social (Yule 1996: 59). La cortesía verbal se trata, precisamente, de una conciencia social que impacta sobre qué se comunica mediante lo que se dice en una interacción (Yule 1996: 71). En nuestro caso tratamos situaciones enunciativas en las que la relación de poder es en principio relativamente simétrica, por lo que según Landone normalmente habría una cortesía de intimidad o solidaridad – también llamada *cortesía positiva* – relacionada con el acercamiento (Landone 2009: 182). La tendencia a utilizar formas que indican cortesía positiva no necesariamente tiene que ser estratégica, frecuentemente involucra rutinas conversacionales que se basan, para Landone (2009: 25), en esquemas cognitivos y convenciones socialmente compartidos. Por ello podría decirse que la cortesía verbal positiva que enfatiza la cercanía entre hablante y oyente forma parte de una estrategia de solidaridad, que, según Yule (1996: 65), puede ser la estrategia principal en operación dentro de un grupo, lo cual a su vez corresponde con nuestra interpretación del uso de *chaval* y otros elementos

que marcan pertinencia de grupo e informalidad casual en las conversaciones juveniles del material estudiado.

Cabe comentar, a este respecto, la relación entre el marcador del discurso y los procesos de la cortesía verbal, ya que son varios los estudiosos que atribuyen a los marcadores un papel importante y sustancial en ella (Brown y Levinson 1987 [1978]: 270-271; Landone 2009: 9; Portolés Lázaro 2007 [2001]: 131; Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4144; Brinton 1996: 36-38):

Si pensamos en la negociación de las imágenes o identidades de los participantes en la interacción, podríamos afirmar que ningún marcador es neutro con respecto a ella, y, que, por tanto, todos ellos están implicados, en mayor o menor medida, en las estrategias de cortesía (Iglesias Recuero 2001: 253).

La cortesía verbal se basa en la necesidad de mantener una interacción fluida con los miembros del grupo, conseguida mediante fórmulas específicas para iniciar, mantener y concluir una conversación, así como patrones de cómo interrumpir, cambiar de tema, dar o tomar la palabra y comprobar si hay atención o comprensión (Escandell Vidal 1995: 55-56). Cuando el hablante requiere un acceso rápido que satisfaga la necesidad de esta interacción fluida (Landone 2009: 170), los marcadores del discurso son extremadamente prácticos:

In conversation, the mutual cognitive environment of the interlocutors is constantly modified as the conversation develops. And, generally, it is in this process that pragmatic markers with interactional functions play a role (Andersen 2001: 71).

En otras palabras, las estrategias que los hablantes utilizan con fines comunicativos – y muy especialmente aquellas que tienen relación con la cortesía – se ven reflejadas en el uso de los marcadores (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 131). Antes de proseguir quisiéramos subrayar, de acuerdo con Landone y Pons Bordería, que el marcador no *es* indicador de cortesía verbal, sino que puede *funcionar* como indicio de la cortesía verbal (Landone 2009: 25; Pons Bordería 2003: 223). Son varias las formas lingüísticas que se prestan a un uso de cortesía verbal, y la función de cortesía no se debe considerar como *inherente* a ciertas formas gramaticales, sino más bien como una convencionalización (Landone 2009: 72-73). Mencionemos, finalmente, que varios autores proponen una posible diferencia en cuanto a cortesía y comportamiento cooperativo entre jóvenes y adultos (Andersen 2001: 13; Yule 1996: 74), lo cual no disminuye la importancia de los estudios que tratan estos fenómenos.

Veremos más tarde que *chaval* figura entre las varias herramientas lingüísticas que el hablante en el ambiente conversacional juvenil madrileño *puede* manejar para la cortesía verbal.

3 Material y fundamento metodológico

Yo soy el prototipo de adolescente de mi clase chaval

3.1 El corpus COLAm

Para poner en claro el enlace de una específica forma lingüística con valores específicos en el lenguaje juvenil madrileño nos basamos en ejemplos reales obtenidos de un corpus ya existente, el Corpus Oral de Lenguaje Adolescente de Madrid, COLAm, www.colam.org. (COLAm 2010). Ya que nuestro objetivo es analizar el uso concreto de una variedad del lenguaje juvenil a través de material empírico, consideramos el COLAm una fuente adecuada para nuestro análisis. Seguimos así una recomendación hecha por Briz Gómez, quien constata que la base de partido para el estudio ha de ser el acto comunicativo, la conversación de o entre jóvenes, y que no se pueden investigar los elementos lingüísticos por separado o de manera aislada (Briz Gómez 2003: 150). Entendemos las manifestaciones lingüísticas del corpus como la representación de una variedad dada de la lengua española en un momento restringido y las consideramos, por tanto, especialmente aptas para el análisis del uso particular que hacen los jóvenes de la lengua.

El corpus COLAm contiene alrededor de 500 000 palabras (2010) y está compuesto de conversaciones coloquiales espontáneas mantenidas por jóvenes madrileños entre 13 y 19 años. Las conversaciones se han grabado entre el año 2002 y el año 2007. El COLAm forma parte del proyecto COLA, una base de datos de habla informal transcrita y acoplada al sonido, accesible en Internet para su investigación. La construcción del COLA empezó en 2001, y el proyecto ha sido subvencionado por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Bergen, por la fundación Meltzer de la misma universidad y por NFR (Norges Forskningsråd). La directora del proyecto es la Dra. Annette Myre Jørgensen, Titular de Lengua Española. Este corpus se ha realizado con el objetivo principal de promover la investigación del lenguaje y estilo comunicativo de los jóvenes de habla española. Toda la información sobre COLA y COLAm que se da en el presente apartado, proviene de artículos informativos de Jørgensen en la página en la red del proyecto, www.colam.org, la cual se

puede consultar para encontrar más información, así como para consultar diferentes publicaciones científicas con base en el COLAm.

Los métodos de recolección de esta base de datos siguen el modelo COLT (www.uib.hf.aksis/colt), corpus de lenguaje juvenil inglés, y UNO (www.uib.hf.aksis/uno), corpus de lenguaje juvenil noruego, dos corpora que a su vez utilizan el modelo Longman para la recopilación de los datos del Corpus Nacional Británico, BNC. Las grabaciones se han realizado según los criterios éticos establecidos por la NSD (Norsk Samfunnsvitenskapelig Datatjeneste) en Noruega, criterios que, entre otras cosas, prohíben las grabaciones del habla sin informar al interesado. Por ello, se ha obtenido permiso escrito por parte del hablante para ser grabado o grabada, o de sus padres si se trataba de un menor de edad. Además, se garantiza el anonimato a los que se graba, de modo que se cambian los nombres de las personas y de los lugares. Las grabaciones se han realizado con una grabadora minidisco, SONY (MZ-N10), con un micrófono de solapa. Se les ha pedido a los jóvenes que graben su charla informal con los compañeros sin la presencia de adultos, por lo que el material consta de conversaciones entre dos, tres o más jóvenes, grabadas durante tres o cuatro días en colegios, recreos, en casa o en lugares diversos como en parques, por la calle, etc. Los chicos y chicas entre 13 y 19 años reclutados para realizar la grabación, han sido escogidos de distintos colegios y de diferentes ambientes sociales, con el fin de tener datos equilibrados en cuanto a género, edad y nivel social. Finalmente, se han rellenado cuestionarios con datos sobre lugar de nacimiento del joven, lengua de los padres, idioma hablado en casa etc., y se han recogido los mismos datos de los compañeros que participaban en las conversaciones grabadas. Durante el proceso, cada hablante recibe su propio código en el cual se hallan los datos de género, edad y clase social. Así, a cada ejemplo en el presente estudio le acompañará una referencia, un código que funciona como fuente y que indica el sexo del hablante: G para chico y J para chica.

Las conversaciones grabadas se han transcrito con el programa Transcriber, siguiendo las recomendaciones de transcripción de TEI (Text Encoding Initiative). El material transcrito está sincronizado con el archivo de sonido, y tanto la transcripción como los archivos de sonido están insertados en un sistema Web diseñado para el proyecto COLT y COLA. Las transcripciones son ortográficas y no llevan signos de ningún tipo, ya que la intención es que tras la investigación se escuchen los archivos de sonido correspondientes. En cuanto a la transcripción de los ejemplos del corpus en el presente estudio, tomamos como punto de

partida nuestra escucha de los archivos de sonido. Así, para facilitar la lectura para un lector que no tiene posibilidad de escuchar el material, presentaremos los ejemplos ortográficamente y con signos que indiquen la existencia de pausas. Al lector le podría sorprender la baja frecuencia con la que se ha colocado una coma antes o después de *chaval*; pero esto se debe, simplemente, al hecho de que en el lenguaje juvenil *chaval* a menudo aparece sin pausas para marcar su presencia, en una cadena de habla completamente fluida. En los ejemplos que damos estandarizamos las transcripciones; es decir que disminuimos las diferencias causadas por el trabajo de diferentes transcritores, procurando reproducir los enunciados en la forma que creemos más fácil para que el lector pueda imaginarse su tenor, de modo que no le sea necesario recurrir a los archivos de sonido. Así, cuando el corpus muestra *jodio/jodido* escogemos uno, y donde no se puede prescindir del estilo coloquial, como por ejemplo cuando los jóvenes dicen *jo* y no *joder*, empleamos formas que no existen en los diccionarios. Este tipo de transcripción de los ejemplos puede que dificulte una posible búsqueda de los mismos en la base COLAm, pero el código que acompaña a cada ejemplo permite encontrar la conversación en la que se halla sin problemas. En la mayoría de los casos presentaremos los ejemplos sin contexto, con el fin de poder presentar un mayor número y dar cuenta de más tendencias. Donde los ejemplos se presentan con más contexto, utilizamos el símbolo [] para marcar traslajos, y usamos el mismo símbolo para indicar otros aspectos cruciales para la interpretación, por ejemplo [risa]. El lenguaje juvenil está tan lleno de digresiones, traslajos y elementos que dificultan la comprensión del contexto para uno que no está presente – probablemente incluso habría que formar parte del *in-group* para una comprensión total – que en muchas ocasiones haría falta demasiado contexto para que su apoyo a la comprensión funcionara de forma eficaz.

3.2 Método analítico aplicado

Si se compara el método de recopilación del COLAm con un método de recopilación de datos en el cual está presente un observador, el método del COLAm reduce, sin duda, las posibilidades de desenlaces científicos desfavorables causadas por ‘la paradoja del observador’: nuestro propósito es estudiar el lenguaje de los jóvenes tal como se muestra cuando no están siendo observados sistemáticamente, pero es sólo mediante la observación sistemática que lo podemos llegar a conocer (Labov 1972: 209). Debido a criterios éticos, es

inevitable que los jóvenes sepan que están siendo grabados, por lo que cabe preguntarse hasta qué grado este hecho influye en la naturalidad y espontaneidad de su conversación. No obstante, merece la pena señalar que los jóvenes *parecen* actuar de forma bastante relajada, no *parecen* privarse de palabras malsonantes o temas cuya dispersión no les sea favorable. Valgan ejemplos como *Eh te lo juro, me he gastado cuarenta mil pesetas en cocaína chaval* (MALCC2G04) o *Pasadme un porro de una puta vez por favor* (MALCC2G07) extraídos del corpus para indicar la relativa tranquilidad y desinhibición que parecen sentir los jóvenes ante la presencia de la grabadora. Una búsqueda rápida revela que *porro* o *porros*, palabras que designan sustancias ilegales, aparecen respectivamente 72 y 61 veces, hecho que debe indicar que un cierto sentimiento de libertad gobierna las conversaciones grabadas y que los fenómenos que nos interesa investigar no deben verse demasiado afectados por la observación. La aparición de una palabra como *noruegos*, que aparece 101 veces, podría, sin embargo, indicar lo contrario: una conciencia presente de la situación de grabación en la cual se encuentran los jóvenes. No obstante, combinaciones como *Van a estar los noruegos todo jodidos en plan esto es ni miga* (MAESB2G01) o *Tía los noruegos has visto lo altos que son, si son kilométricos* (MALCE2J03) nos dejan con la impresión de que no se inhiben en una forma que sea desfavorable para el estudio que aquí realizamos, pues no parecen privarse de utilizar formas típicamente juveniles. En palabras de uno de los reclutas: *Pues me cago en los putos noruegos* (MALCE2G03).

Como ya hemos expuesto, la presente investigación utiliza un enfoque basado en un corpus y para investigar las funciones de *chaval* tal y como se presentan en el COLAm, el método analítico aplicado se forma por una combinación del estudio de las transcripciones, la escucha de las grabaciones y la utilización del aparato de búsqueda en la base COLAm. El enfoque basado en corpora para el análisis de los marcadores del discurso es todavía poco utilizado, lo cual no desdibuja, según Aijmer (2002: 3), la conveniente oportunidad que provee de estudiar extendidamente la distribución y las funciones de los marcadores representados en diferentes registros. El tipo de acercamiento tomado aquí tiene puntos en común con la corriente de investigación del *análisis de la conversación*, cuyo método de trabajo es de naturaleza inductiva, basado en el estudio de grabaciones de lengua hablada recogidas en contextos naturales (Moreno Fernández 2005 [1998]: 161):

Los analistas de la conversación ponen un énfasis especial en el estudio de la interacción como proceso, sobre todo de lo que tiene que ver con la organización y las características de los turnos, y en el análisis de las inferencias que supone la elección de ciertas expresiones y no de otras (Moreno Fernández 2005 [1998]: 161).

El método que aplicamos para la descripción de las funciones de *chaval* se ajusta a las posturas de Portolés Lázaro, quien subraya que para que la descripción de los marcadores con usos conversacionales sea completa se ha de dar cuenta de las relaciones de estas unidades con los patrones de la conversación y, en especial, con sus funciones metadiscursivas (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 131). Ya que las preguntas principales que forman el telón de fondo del análisis son ¿cuáles son las funciones textuales y sociales que desempeña *chaval* en la conversación de los jóvenes? y ¿cuáles son los procesos sociotextuales fundamentales en los que interviene *chaval*?, el objeto de estudio no es el discurso o la conversación, sino el proceso cognitivo subyacente de la comunicación lingüística juvenil que incluye *chaval*. Pensamos, con Blakemore, que los marcadores del discurso se tienen que analizar en términos de su aportación a tales procesos cognitivos (Blakemore 2002: 5), distinguiendo el valor léxico-semántico de lo que es pragmático. De esta manera vemos cómo la pragmática entra como un armazón teórico natural, dada la conveniencia de su interpretación contextual y funcional en un estudio como el presente. Sin embargo, como menciona Landone, aunque la pragmática ya no sea una disciplina tan joven, su metodología de investigación todavía lo es (Landone 2009: 14) – y a la hora de procurar conocimiento sobre los procesos que hay detrás del uso concreto de la lengua se dificulta la distinción entre el método deductivo y el inductivo. Según Jørgensen, las observaciones se basarían en un método inductivo, pero habrá que reservarse un análisis deductivo de los datos y del tratamiento de observaciones y hallazgos (Jørgensen 2004: 3). Por ello, nuestro estudio se encuentra en un cruce entre el análisis cuantitativo y el cualitativo: son cuantitativas las consideraciones que determinan la elección de estudiar la forma lingüística en cuestión, pero son los patrones de su funcionamiento cualitativo el objeto de estudio.

3.3 Dificultades metodológicas y reflexiones sobre la interpretación

Como anunciábamos con anterioridad, el enfoque pragmático del presente estudio parte de la idea de que lo que se llega a comunicar va mucho más allá del valor proposicional de un enunciado. La búsqueda e identificación de significados de *chaval* que se encuentran ‘más allá’ de la mera proposición requiere una interpretación de la actitud del hablante, lo cual implica una carga inferencial relativamente alta para el oyente en la situación enunciativa, además de una carga interpretacional pesada en el lingüista empírico, debido a que estos rasgos pragmáticos normalmente no se codifican mediante medios lingüísticos obvios (Andersen 2001: 18). La ventaja de estudiar la lengua desde una perspectiva pragmática es que se puede hablar de significados que tienen que ver con las intenciones, suposiciones y metas de los hablantes. No obstante, los lingüistas pragmáticos nos enfrentamos a varios retos relacionados con el hecho de que todos estos conceptos tan humanos son extremadamente difíciles de analizar de una forma consistente y objetiva (Yule 1996: 4), en palabras de Yule:

Thus, pragmatics is appealing because it's about how people make sense of each other linguistically, but it can be a frustrating area of study because it requires us to make sense of people and what they have in mind (Yule 1996: 4).

Para identificar las intenciones o actitudes del hablante que se exponen mediante el empleo de *chaval*, es por tanto necesario separar la contribución a la comunicación hecha por el propio marcador de la contribución hecha por las características del fragmento de discurso al que remite (Schiffrin 1992 [1987]: 73). Nos planteamos, pues, asignar actitudes particulares a un marcador en un contexto, tarea que indudablemente plantea problemas metodológicos y que se realiza con cierto riesgo de interpretación equivocada de nuestra parte, ya que semejante proceso de identificación, como ya apunta Andersen (2001: 18), nunca es una actividad irrefutable. Es siempre el interlocutor en el contexto quien, según parámetros psicosociales, contextuales y cognitivos desconocidos para el investigador, realiza la interpretación primaria del enunciado; es él quien juzga el efecto perlocutivo del acto del habla independientemente de la intención comunicativa del hablante (Haverkate 1994: 49), y como consecuencia la interpretación del investigador, ‘desafortunadamente’, se halla relegada a una segunda capa:

[...] the empirical researcher, *qua* observer and not participant, has to work his way through a secondary interpretational layer in an attempt to understand the communicative impact of utterances. The empirical approach to pragmatic aspects of conversation must necessarily involve an element of guesswork concerning the explicit and implicit content of utterances (Andersen 2001: 15).

Esto pone de manifiesto que si bien el enfoque pragmático invita a evitar, al menos hasta cierto punto, la idealización del objeto de estudio, también lleva consigo la necesidad de un gran esfuerzo en cuanto a la interpretación (Andersen 2001: 12), y, con ello, la posibilidad de errores en la misma. La interpretación es un fenómeno basado siempre en un contexto – sea él del hablante, él del interlocutor o él del investigador – así que al adoptar un enfoque pragmático el mayor reto metodológico está vinculado con la propia naturaleza de la corriente: la pragmática concierne el estudio de la interpretación del uso de la lengua, y la interpretación siempre conllevará cierto grado de subjetividad por no basarse en pruebas claramente verificables. La investigación de cualquier aspecto de significados implícitos o basados en el contexto plantearía cuestiones metodológicas similares (Andersen 2001: 18), y en el estudio de los marcadores, la interpretación se vuelve aún más compleja por la polifuncionalidad que suelen mostrar (Jørgensen 2008: 388), lo cual, en nuestra opinión, de ningún modo significa que dichos aspectos de la lingüística se deban desatender.

Una vez aclaradas estas dificultades metodológicas quisiéramos subrayar, con Yule (1996: 4-5), que a la hora de usar la lengua, las personas tienden a actuar de manera bastante habitual por ser miembros de grupos sociales que siguen patrones generales de comportamiento esperados dentro del grupo. Andersen subraya además que aunque el enfoque empírico de la pragmática necesariamente tiene que suponer un método cualitativo y hermenéutico, es su firme convicción que tal método puede realizarse con éxito (Andersen 2001: 18). La posibilidad de escuchar y volver a escuchar los archivos de sonido, con menos o más contexto, también favorece una interpretación adecuada. En este contexto cabe recordar que son varios los estudiosos que señalan la importancia de la entonación como parte de lo lingüísticamente codificado y como recurso para organizar el discurso, siendo, así, fundamental para la interpretación (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 126; Landone 2009: 234; Briz Gómez 1998: 90). En otras palabras, es de esperar que los jóvenes cooperen también con estrategias fónicas por lo que al poder escuchar los archivos de sonido la información prosódica se convierte en un soporte fundamental para una correcta interpretación.

3.4 La organización del análisis

El análisis de las dinámicas funcionales de *chaval* se divide en tres apartados según la función o las funciones que consideramos predominantes en las ocurrencias de *chaval*. En el apartado 4.1 presentamos las ocurrencias de *chaval* en las su función predominante es la de *enfocador de la alteridad*, por ejemplo en casos como *Joder chaval, ¿lo sigues ese bote de mierda?* (MABPE2J01). En el 4.2 presentamos las ocurrencias en las que consideramos la función predominante *metadiscursiva de mantener el turno*, como se muestra en un caso como *Tenía un sueño chaval es que me había quedado sopa tía* (MALLC2J01). Finalmente, en el apartado 4.3 presentamos las ocurrencias de *chaval* en los casos en los cuales consideramos igual de dominantes la función de *enfocador de la alteridad* y la *metadiscursiva de cierre*. En estos casos la función metadiscursiva gira en torno a marcar el cierre del turno: *Jaime tía, que hace mucho que no le veo chaval* (MABPE2G01). Cada uno de estos tres apartados corresponde a alrededor de una tercera parte de los hallazgos, con ligeras diferencias. Esta tripartición nos permite presentar primero el uso de *chaval* que se encuentra más vinculado con el uso tradicional vocativo, seguidamente la función metadiscursiva que se adapta al contexto y que se relaciona con la estructuración de la conversación y, por último, los casos más complejos en los cuales las funciones claramente tienen que ver con la estructuración de la conversación al mismo tiempo que enfocan la alteridad.

Es necesario subrayar que la división del análisis bajo ninguna circunstancia tiene como intención indicar que los usos de *chaval* tratados en cada uno de los tres apartados únicamente desempeñan las funciones mencionadas en ellos, sino que consideramos éstas sus funciones *predominantes*. Tampoco proponemos que sean posibles únicamente las funciones destacadas – los marcadores suelen ser altamente polifuncionales y *chaval* no constituye ninguna excepción. Resulta claro, pues, que cualquier empleo de taxonomías correrá el peligro de oscurecer su aspecto polifuncional (Andersen 2001: 64). Dicho esto, creemos que la división utilizada en este análisis puede guiarnos hacia una mejor comprensión del funcionamiento de *chaval* y unidades semejantes, y que nuestras observaciones apoyan el intento de encontrar una lógica en el sistema de funcionamiento de *chaval* tal como es empleado entre los jóvenes, lo cual sería ventajoso:

[...] se desprende que los marcadores del discurso, como categoría pragmática relativamente joven que todavía experimenta un proceso dinámico de constitución, parecen necesitar unos principios organizativos más sistematizados y, quizás, más relacionados con sus funciones y niveles discursivos (Landone 2009: 107).

Así pues, para resaltar las dinámicas funcionales más destacadas de *chaval* nos hemos visto obligados a recurrir a las taxonomías, lo cual puede considerarse problemático ya que los límites entre una función y otra son borrosas, pero no obstante, como se puede apreciar en las palabras de Landone, este hecho puede ser ventajoso en la búsqueda de principios organizativos para la clase de los marcadores.

4 El uso de *chaval* en el corpus COLAm

Nos metimos por un camino chaval

4.1 *Chaval* en función de enfocador de la alteridad

Uno de los tres espacios funcionales principales que se manifiestan en el empleo de *chaval* en las conversaciones juveniles del COLAm es el de *marcador enfocador de la alteridad*. En este uso, *chaval* se acerca a una función puramente apelativa y se vuelve casi inseparable de un vocativo. Quizás debido a la relativa escasez de estudios sobre marcadores y vocativos, ambos hasta hace poco considerados elementos marginales, quizás debido a la habitual polifuncionalidad de las palabras en cuestión, la función de *enfocador de la alteridad* a la que nos referimos aquí ha recibido distintas clasificaciones en la literatura lingüística. Otras palabras en usos próximos han sido clasificadas como, por ejemplo, *vocativo* (Jørgensen y Stenström 2008; Bañon 1993; Leech 1999), *marcador (metadiscursivo) de control de contacto* (Jørgensen 2008: 388; Pons Bordería 2004 [2000]: 201; Briz Gómez 1998: 224) y *marcador tipo fático nominal vocativo* (Boyero Rodríguez 2002: 237). Partimos en este estudio de la definición del *marcador conversacional enfocador de la alteridad* propuesta por Martín Zorraquino y Portolés Lázaro:

Se trata de un conjunto de unidades que coinciden en que apuntan, en su origen, fundamentalmente, al oyente (*oye, mira, etc.*) y, en alguna ocasión, a ambos interlocutores (*vamos*) (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4171).

Vemos, pues, que la función de enfocador de la alteridad abraza unidades provenientes de diversas clases de palabras que por razones distintas han adquirido otra función de la que originalmente desempeñaban. El término carece de criterio de concordancia con un ‘referente’, por lo que nos parece adecuado para describir el uso de *chaval* que aquí nos ocupa: se aplica incluso cuando sólo hay sujetos femeninos como posibles ‘referentes’, como es el caso en *Dos euros chaval, ¿qué más quieres?* (MABPE2J02) y *Joder chaval, ¿lo sigues ese bote de mierda?* (MABPE2J01), ambos ejemplos sacados de pasajes de conversación entre chicas. Está claro que en casos como éstos, *chaval* todavía lleva cierta carga apelativa que orienta al interlocutor, al mismo tiempo que señala la posición del hablante con respecto

al interlocutor, características funcionales cumplidas especialmente por los enfocadores de la alteridad (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4172).

En función de enfocador de la alteridad, las fórmulas utilizadas manifiestan la relación entre los participantes de la conversación, sujeto y objeto de la enunciación. Se trata de una función interpersonal y socializadora que, según Briz Gómez (1998: 224), destaca sobre el resto de las funciones en la conversación coloquial. En el caso de *chaval*, su carga apelativa implica activamente al interlocutor y por ello, indirectamente, comprueba el contacto. El marcador enfocador de la alteridad suele por ende, como casi todo marcador, mostrar funciones adicionales sumadas a la principal; además de enfocar la relación entre sujeto y objeto de la enunciación, *chaval* puede iluminar la relación de éstos con sus enunciados (Briz Gómez 1998: 224). Así, en enunciados como *Esto, chaval, es una polla ahí* (MALCE4G02) o *Si chaval, vamos a jugar a niños en...* [risa] (MALCE4G02), el marcador puede indicar cierta distancia irónica o humorística en relación con el enunciado en cuestión, es decir que comenta el fragmento de discurso al que remite, mostrando la actitud del hablante respecto de éste (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4172). En este sentido, incluso cuando *chaval* funciona predominantemente como enfocador de la alteridad podemos identificar funciones metadiscursivas en relación con la metacomunicación de actitudes y sentimientos. Cabe aclarar pues, que en los casos tratados en este apartado, el uso de *chaval* puede considerarse metadiscursivo, pero que, a diferencia de los casos que se tratarán en 4.2 y 4.3, su uso no interviene como herramienta significativa en las estrategias utilizadas para la estructuración de la conversación. Dividimos el presente apartado en cinco subapartados según las tendencias y los campos de aplicación que se destacan en el material en relación con el empleo de *chaval* en función de enfocador de la alteridad: en la sección 4.1.1 examinaremos su empleo en relación con las estrategias de la cortesía verbal, en la 4.1.2 su uso en relación con la noción de identidad grupal, en la 4.1.3 su función en relación con estrategias compensatorias, en la 4.1.4 su empleo en relación con la fuerza exclamatoria, y en la 4.1.5 su uso en combinación con otros marcadores del discurso, formando una unidad especializada en la marcación. En la sección 4.1.6 resumimos brevemente los hallazgos más importantes del apartado.

4.1.1 Enfocador de la alteridad: las estrategias de la cortesía verbal

Como ya hemos subrayado en el apartado 2.8, la interactividad de la conversación determina un despliegue de estrategias que señalan la posición que el hablante va adoptando respecto a su interlocutor (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4144). Estas estrategias forman parte de la llamada cortesía verbal, que puede verse como un sistema para marcar las posiciones y las relaciones entre los interlocutores (Landone 2009: 18). En cierto sentido podría decirse que las estrategias de la cortesía verbal parten de una necesidad egocéntrica de apreciación social para ‘quedar bien’ (Landone 2009: 19) – lo cual se ejemplifica tras el uso de *chaval* que manifiesta una posición amigable en enunciados con cierta carga ofensiva, como es *Póntela chaval, pero ya* (MALCE4G01). Mediante el empleo de *chaval*, el enfoque parece desplazarse del hablante al destinatario y basta imaginarse el mismo enunciado sin *chaval* para intuir su aportación a la cortesía positiva de la interacción. También en enunciados que no aparentan desafiar o provocar al interlocutor, como *Tiago, ¿estás aquí chaval?* (MALCC2G01) y *Pero chaval, no te cases con eso* (MALCC2G02), una eliminación imaginaria del enfocador de la alteridad muestra su contribución a la complicidad y las buenas relaciones. Según Wierzbicka (1991: 86), se puede suponer que todas las culturas buscan y apoyan las buenas relaciones. En cuanto marcador de aproximación de camaradería entre los hablantes, *chaval* nos orienta sobre cómo el hablante se sitúa en relación con su interlocutor e interviene en la negociación de las imágenes o identidades de los participantes en la interacción, por lo que constituye un apoyo a las buenas relaciones y una herramienta útil en las estrategias de cortesía verbal positiva.

La misma constante negociación de las imágenes y las relaciones, junto con la general inseguridad que se ha señalado como característica de la etapa juvenil, quizás pueda explicar la frecuencia con la que aparece *chaval* como enfocador de la alteridad remitiendo a enunciados que expresan opiniones. Así, en *Es la polla este disco chaval* (MALCC2G07) o *Pero qué puta triunfada, chaval, o sea que puta triunfada* (MABPE2G01) el enfocador de la alteridad parece transmitir cierta búsqueda de acuerdo, una apelación a puntos de vista o valores comunes en el interlocutor, fenómeno que también puede comprenderse como parte de las estrategias de la cortesía positiva. A este respecto cabe mencionar que las declaraciones de los jóvenes tienden a tomar una forma especialmente expresiva o ‘fuerte’, como se puede comprobar en casos como *Qué hija de puta, chaval* (MALCB2J01) o *Madre mía, la de fiestas que hay ahora chaval, madre mía* (MALCE4G02). La utilización de *chaval* en estos casos

desplaza el enfoque al destinatario y transmite un vago deseo de consenso o afirmación, una pizca de modestia que permite al enunciado la forma expresiva y ‘segurísima’ que ha tomado. Que los marcadores del discurso se vean utilizados para reforzar o justificar los razonamientos de los hablantes, también ha sido señalado por Briz Gómez (1998: 225), quien los describe como “fórmulas autoreafirmativas”. En algunos usos de *chaval* la aportación a la cortesía positiva, la búsqueda de las buenas relaciones, la afirmación y aseguramiento del consenso y el consiguiente acercamiento, se ven más manifiestos, como se puede apreciar en casos como *¿A qué sí, chaval?* (MABPE2J02) y *Qué guapo chaval, ¿está mazo de guapo a qué sí?* (MABPE2G01).

De acuerdo con estas observaciones, las funciones de *chaval* cuando es empleado como enfocador de la alteridad están relacionadas con la cortesía positiva y el ideal de intimidad y cercanía. Su uso entre los jóvenes manifiesta una reducción de distancia y una solidaridad con los valores del interlocutor, podría decirse que posibilita un meta común; todo esto porque desplaza el enfoque al destinatario como protagonista de la conversación (Haverkate 1994: 214, 216). Además, la utilización de *chaval* como enfocador de la alteridad comprende un uso de la lengua inmediato y suelto, lo cual en sí puede producir sentimientos positivos de cercanía entre los interlocutores (Fraser 1980: 346) – en casos como *Vas a flipar, chaval* (MALCE4G02) o *Igual, chaval, pero aquí chaval, de por debajo de...* (MASHE2G08) se ve reflejada, así, una desenvoltura social que puede intervenir en la cortesía verbal como indicador de cercanía. En la cultura española, los principios de solidaridad entre los interlocutores y el establecimiento de un territorio común de encuentro y de buenas relaciones (Landone 2009: 18), parece considerarse particularmente favorable. Según Bravo, la confianza constituye parte de la imagen afiliativa de los españoles y es un ideal de relación interpersonal (Bravo 1999: 168-170), siendo numerosos los estudiosos que han clasificado la cultura española peninsular como una cultura de cortesía positiva (Iglesias Recuero 2007: 31). Para una panorámica de los estudios que han señalado la apreciación de ser objeto de confianza interpersonal en cuanto a la proximidad y la cortesía verbal en el español peninsular, puede verse Landone (2009: 180-185). Los hallazgos de nuestro estudio muestran que el empleo de *chaval* como enfocador de la alteridad se ve involucrado en dichos procesos de cortesía verbal como participante de la negociación de las imágenes de los interlocutores y como índice de acercamiento solidario, lo cual sienta la base del siguiente subapartado, en el cual estudiaremos cómo el uso de *chaval* se encuentra relacionado con la noción de identidad grupal.

4.1.2 Enfocador de la alteridad: la identidad grupal

En lo que concierne la cortesía verbal, hemos visto que *chaval*, al enfocar la alteridad, refuerza la imagen positiva del hablante como partidario de las buenas relaciones; al aportar un tono amistoso de confianza, el marcador tiñe la relación entre los interlocutores de cierta familiaridad o complicidad (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4173). Al examinar un fragmento de discurso como *Chaval, esa noche me lo pasé... hasta las seis de la mañana* (MALLC2J02), pronunciado entre chicas, podemos apreciar que el soporte proactivo a la relación y a la cooperación equilibrada que se manifiesta en *chaval*, al menos en parte parece deberse al hecho de que el marcador funciona como índice de la identidad grupal de los jóvenes. Según Schlieben-Lange (1987 [1975]: 133-134), la constitución de identidades de grupo y su afirmación y afianzamiento puede considerarse uno de los fines de la comunicación más importantes. En otras palabras, una de las funciones que desempeña *chaval* en enunciados como *Joder yo sí chaval* (MALCC2J01) o *Mira chaval, mira a María* (MALCE2G03) es subrayar la unión entre hablante e interlocutor; a través del empleo de *chaval* el hablante separa los interlocutores de todo grupo que no emplee esta forma con la misma función o con la misma ligereza, y apela, así, a la pertinencia del *in-group* (Landone 2009: 36) tanto para el hablante mismo, digno a utilizar el marcador de esta forma, como para su interlocutor, digno a interpretarla como señal de identidad grupal.

En calidad de marcador típicamente juvenil, como enfocador de la alteridad *chaval* se nos muestra vinculado con los conceptos de *autonomía* y *afiliación*, conceptos de las teorías sobre la cortesía verbal. En resumidas cuentas, la autonomía se basa en el deseo de sentirse y de ser considerado por los demás como individuo, con un perfil específico, mientras que la afiliación se basa en el deseo de sentirse y de ser considerado por los demás como miembro de un grupo, dotado de los atributos necesarios para pertenecerle (Bravo 1999: 161; Landone 2009: 41). Yule se acerca a los mismos conceptos empleando el término *face*, uno de los conceptos más radicados en los modelos interpretativos de la cortesía verbal (Landone 2009: 30) y que se traduce al español como *imagen social*, que metafóricamente se puede entender como una máscara social que utiliza el hablante para desempeñar un papel en una dada situación comunicativa (Landone 2009: 29):

A person's negative face is the need to be independent, to have freedom of action, and not to be imposed by others. [...] A person's positive face is the need to be accepted, even liked, by others, to be treated as a member of the same group, and to know that his or her wants are shared by others. In simple terms, negative face is the need to be independent and positive face is the need to be connected (Yule 1996: 62).

En lo que a esto se refiere, *chaval* se presenta como un marcador particularmente útil: enfoca la alteridad y, por tanto, al interlocutor como individuo, al mismo tiempo que, en calidad de marcador especialmente utilizado dentro del grupo juvenil en cuestión, marca la pertenencia del interlocutor a éste y la cohesión solidaria del grupo. De este modo, el empleo de *chaval* en enunciados como *Mira qué fallos, chaval* (MALCE4G02) o *Cuidado, chaval* (MAESB2G04) muestra la incorporación del término en los procesos de estructuración de las imágenes sociales de los participantes de la conversación. Es decir que en *Mira chaval, mírame el pelo* (MASHE2G06), el marcador *chaval* forma parte de un proceso en el cual los atributos psicosociales que forman las identidades de los interlocutores – aquí señalados como miembros del *in-group* – se van estructurando dinámicamente según los factores del contexto (Landone 2009: 29-30).

4.1.3 Enfocador de la alteridad: la estrategia compensatoria

Hemos visto que el empleo de *chaval* se encuentra relacionado con la cortesía verbal positiva al referir a la identidad común de grupo, establecer un principio de solidaridad entre los interlocutores y asegurar las buenas relaciones. A este respecto quisiéramos señalar una tendencia observada en el material que hemos analizado: en cuanto mostrador de afecto, complicidad y ligereza comunicativa, *chaval* se puede transformar – como parte de una estrategia compensatoria – en un recurso práctico para neutralizar una ofensa. Sirve de buen ejemplo el ya presentado *Póntela chaval, pero ya* (MALCE4G01), pero la misma tendencia se manifiesta en, por ejemplo, *A mí no me grabes, chaval* (MALCE2G03) o *Vete a tomar por culo, son nueve horazas chaval, se va a tirar medio día escuchando una puta cinta* (MALCE4G02). Observemos que la sobreposición del hablante, manifestada de forma subyacente mediante el uso del imperativo, se ve (parcialmente) compensada a través del enfoque de la alteridad. Resulta interesante a este respecto que la apariencia de *chaval* – fijémonos en un ejemplo como *Mira joder, mira cómo tenías tu equipo, chaval*

(MALCE4G04) – no parece cambiar la fuerza de los enunciados, sino que, en palabras de Landone, “se le superpone con signo opuesto” (Landone 2009: 323).

Cabe recordar, además, la existencia de un fuerte enlace semántico-pragmático entre el imperativo y la apelación (Bañón 1993: 24); el imperativo va dirigido al oyente (Garrido Medina 1999: 3910) y su uso requiere emplear información sobre la relación entre hablante y oyente y la acción en cuestión (Garrido Medina 1999: 3918). Supongamos así, ya que el imperativo lleva en sí esta información, que el campo funcional de *chaval* en estas combinaciones no sólo comprende un soporte proactivo a la relación, sino también un recurso de compensación de la agresividad latente entre los hablantes (Landone 2009: 18). Con ‘agresividad’ no queremos decir que los enunciados necesariamente sean particularmente descorteses, simplemente que tienen decoro fin influir en la voluntad del oyente: *No te pongas con eso chaval* (MALCE2G03), *Jo, dímelo a mí chaval, que yo soy ahora entrenador* (MALCE4G04). Así, la certeza sobre los derechos y obligaciones que se dan entre los interlocutores se ve (voluntariamente) debilitada mediante el empleo de *chaval*. Por ello en enunciados como *Míralo chaval* (MALCC2G05) o *Mueve chaval* (MALCE4G02), el enfoque en la alteridad apoya un restablecimiento del equilibrio social. De este modo, *chaval* parece funcionar como atajo fácilmente accesible para garantizar las buenas relaciones. Portolés Lázaro (2007 [2001]: 132) llega a similares conclusiones en cuanto a otras combinaciones de imperativos y formas apelativas, constatando que la ofensa se compensa con la muestra de afecto que refleja el marcador. También Yule señala que las formas imperativas pueden verse acompañadas por mecanismos de mitigación que sirven para suavizar la demanda (Yule 1996: 63), mecanismos que a su vez forman parte de la cortesía verbal al compensar los desequilibrios relacionales que pueden (o amenazan con) concretizarse durante la interacción (Landone 2009: 17).

Volvemos tras estas observaciones al concepto de imagen social introducido en la sección 4.1.2. Según Yule, si un enunciado puede ser interpretado como una amenaza para las expectativas asociadas con la imagen social del interlocutor, el emisor puede decir algo para reducir la posible amenaza, es decir, salvar la imagen social de su interlocutor (Yule 1996: 61). Así, en un fragmento de discurso como *Déjamelos ver joder chaval, ¿te lo regalan luego el minidics?* (MAESB2G03), podríamos decir que *chaval* funciona como una salvaguarda de la imagen del *tú*, un suavizador de la fuerza ilocutiva (Briz Gómez 1998: 111) que determina qué tipo de fuerza directiva se expresa mediante el imperativo (Haverkate 2002: 20). No

obstante, también encontramos *chaval* con imperativos mucho menos crudos, como es el caso en *Toma chaval* (MALCC2G05) o *Mira chaval, llevo las bragas por el ombligo* (MABPE2J01). La explicación de este fenómeno quizás se halla en la propia naturaleza de la lengua española que, como Lorenzo indica (1980 [1966]: 124), muestra cierta resistencia al uso de las formas “desnudas” del imperativo. Así, la apariencia de *chaval* en imperativos como éstos últimos o en otros como *Mira cacho de gorda, chaval* (MALCC2G03), e incluso en enunciados que no llevan ninguna marca imperativa, como *A ver chaval* (MALCE2G04) y *Cuidado chaval* (MAESB2G01), podría encontrar su explicación en una tendencia a no dejar el imperativo ‘desnudo’, algo que probablemente lo haría sujeto de una interpretación como más cruda. En todo caso, cualquier que sea el motivo cognitivo-lingüístico subyacente, *chaval* parece formar parte de estrategias que posibilitan la matización de formas ‘fuertes’, si táctica y comunicativamente el hablante así lo cree necesario (Briz Gómez 1998: 203).

4.1.4 Enfocador de la alteridad: la fuerza exclamatoria

Quisiéramos comentar otra tendencia destacada en el uso de *chaval* como enfocador de la alteridad: con frecuencia el marcador aparece en esta función remitiendo a enunciados particularmente expresivos. Hablamos de enunciados cubiertos de una fuerza exclamatoria, enunciados que reflejan con viveza las emociones del hablante. Esta observación se respalda en las de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4171), quienes señalan que los enfocadores de la alteridad aparecen a menudo con modulación exclamativa. Dado que el elemento pragmático resulta central en la delimitación de un enunciado exclamativo (Alonso-Cortés 1999: 3995), en la interpretación exclamativa de los enunciados del presente subapartado nos hemos apoyado en la modalidad descubierta en los archivos de sonido. Encontramos *chaval* remitiendo a enunciados exclamativos con tabús: *Coño, chaval* (MALCE4G02), con interjecciones propiamente dichas: *Uah chaval, flipado ése* (MALCE4G01), en combinaciones con *qué*: *Qué tecnología, chaval* (MALCE2G04) y con enunciados cuya fuerza exclamatoria se encuentra en la modalidad: *Penalti, chaval* (MALCE4G02). Salvo en casos muy escasos, las combinaciones están, como muestran los ejemplos, constituidas por una unidad interjectiva en posición inicial, directamente seguida por *chaval* en función expreso-apelativa: *Ala chaval* (MABPE2J02). Esta estructura puede constar de un enunciado autónomo, interpretación respaldada por la frecuencia con la que otro

interlocutor toma la palabra inmediatamente después, o puede formar parte de un fragmento de discurso más largo: *Ala chaval, se lo voy a contar a mi madre* (MAMTE2J01). Cuando *chaval* aparece remitiendo a fragmentos más largos, observamos que puede emplear una función de ‘puente’ entre la unidad interjectiva y una justificación de la misma: *Joder chaval, te sale humo por todos los lados* (MALCCEJ01), *Joder chaval, se me caen los putos pantalones* (MABPE2J01).

Existen dos combinaciones exclamativas que destacan por su frecuencia: la interjección con *chaval* y la combinación con *qué* y *chaval*. Examinaremos primero la combinación con interjección. Comprendemos la interjección como una palabra cuyo significado puede considerarse enteramente expresivo (Alonso-Cortés 1999: 4025). En el corpus que analizamos encontramos varios ejemplos de *chaval* con interjecciones propiamente dichas, como *Ah chaval* (MAMTE2G01) y también en combinación con clases de palabras que formalmente pertenecen a diversas categorías pero que en la conversación de los jóvenes adquieren una función interjectiva, muchas de ellas malsonantes: *Joder chaval* (MALCC2G01). Veamos un ejemplo en el cual la unidad exclamativa comenta algún factor no discursivo que es captado por los sentidos de los jóvenes:

MAMTE2G02: antes hemos estado...

MAMTE2G05: ¡ala chaval!

MAMTE2G01: ¡qué guapo!

Ya que tanto *Ala chaval* como *Qué guapo* parecen comentar el mismo factor, el ejemplo ilustra la aportación social de *chaval* – en aquél enunciado se toma en cuenta el oyente o los oyentes – mientras que el último no implica ningún aseguramiento de la relación entre los interlocutores. Según Moralejo, la función apelativa (manifestada aquí mediante *chaval* en función de enfocador de la alteridad) se diferencia claramente de la exclamación precisamente por el valor personal que aporta (Moralejo 1986: 306). Donde la exclamación corresponde a la función expresiva del lenguaje y a la exteriorización de sentimientos (Moralejo 1986: 307), el marcador enfocador de la alteridad supone la presencia de un interlocutor. En otras palabras, la exclamación no corresponde a propiedades particularmente sociales, por lo que podemos interpretar la función de *chaval* en secuencias como *Joder chaval, ¿lo sigues ese bote de mierda?* (MABPE2J01) o *Buah, chaval, buah* (MALCC2G03) como un índice de conciencia de la presencia social. A este respecto es importante señalar que concebimos el lenguaje

juvenil del corpus como particularmente expresivo: los jóvenes se muestran dispuestos a recurrir a las herramientas expresivas de la lengua sin que por ello sean necesariamente escandalosos los factores que provocan este uso. Podemos apreciar, por ejemplo, cómo se utilizan las herramientas expresivas para reaccionar ante un problema típicamente juvenil:

MABPE2J02: que tengo un cacho de granazo que flipa

MABPE2J03: ¡ala chaval!

MABPE2J01: explota y bieeeeeen...

Subrayemos aquí que todas las hablantes son femeninas, por lo que *chaval* no corresponde con las referentes en género y número, pero sí enfoca la alteridad. Así, la impresión súbita producida por la vista del grano es expresada mediante la interjección *ala*, mientras que *chaval* asegura que la impresión no ha influido en la relación entre ellas: *chaval* funciona como una socialización de la expresividad manifestada. Ahora bien, conviene recalcar que la aportación de *chaval* no parece incluir ninguna pérdida de expresividad; el ajuste hecho por el empleo de *chaval* simplemente coloca la exclamación en un contexto. Mientras que varias de las combinaciones de *chaval* con interjecciones aparecen una o dos veces en el corpus, como es el caso de por ejemplo *Oh eeeeh chaval* (MALCC2G02), *Coño, chaval* (MALCE4G02) y *Dios, chaval* (MABPE2J01), se destacan tres: *Ala chaval* (11 ocurrencias), *Buah chaval* (6 ocurrencias) y *Joder chaval* (6 ocurrencias). A pesar de que se han transcrito de formas diversas (*hala/ala, buah/bua/joder/joé*), los archivos de sonido permiten constatar que se trata de las mismas expresiones. La entonación, su aparición como enunciados autónomos en alrededor de la mitad de los casos y el hecho de que *chaval* se mantenga inflexionado, son factores que nos hacen cuestionar si puede tratarse de estructuras semifijas de acceso fácil. Apreciamos lo altamente accesibles que se muestran en ocasiones:

MABPE2G01: vámonos

MABPE2J03: ala chaval

MABPE2J02: ¡ala chaval!

MABPE2J03: ¡ala chavaaal!

MABPE2J01: vámonos

Como ya hemos señalado más arriba, *chaval* aparece con una frecuencia relativamente alta en combinaciones exclamativas con *qué*. También en estas estructuras se trata de una expresión de emoción o actitud ante un factor de referencia: *Qué micrófono más feo chaval* (MALCE4G03), *Qué cabrón chaval, que no suena* (MAMTE2J01). Como es de esperar, una considerable parte de estas unidades se producen con ayuda de los recursos expresivos malsonantes disponibles: *Qué hija de puta chaval* (MALCB2J01), *Qué imbécil chaval* (MASHE3G09). Sin embargo, *chaval* aparece también en combinaciones con *qué* nada amenazantes, como son *Qué fuerte, chaval* (MACCL2J01) o *Qué sueño, chaval* (MABPE2J01), casos en los cuales el marcador parece funcionar además como portador de énfasis en relación con lo dicho. Que *chaval* aparezca de este modo sin alterar o disminuir la fuerza del enunciado, incluso reforzándola, se puede apreciar también en enunciados declarativos como *Chaval, estaba hablando toda la hora sin saber que tenía la cámara* (MALCE2G01), en el que *chaval* parece añadir expresividad, invitando a observar lo ‘extraordinario’ del fragmento de discurso. Una calidad de refuerzo o énfasis semejante también se manifiesta en fragmentos de discurso más largos, donde *chaval* aparece insiriendo cierta carga expresiva: *Tú, chaval, que ahora verás todo lo que tengo que llevar* (MALCE4G01). En casos como éste, *chaval* muestra la capacidad de realizar la expresividad potencial de la declaración, lo cual ocurre también en, por ejemplo, *El bacalao chaval* (MALCE4G02); aquí es indudable que cierta fuerza expresiva y contextual se perdería al eliminar el marcador.

4.1.5 Enfocador de la alteridad: en combinación con otros marcadores

Ya hemos señalado que el enfoque de la alteridad aportado por *chaval* puede servir para realzar la identidad grupal y que su indicación de complicidad y buenas relaciones puede servir para compensar o modificar enunciados expresivos o amenazantes. Ahora quisiéramos examinar una considerable cantidad de ocurrencias en las que *chaval* aparece como enfocador de la alteridad en combinación con otros marcadores del discurso, formando unidades especializadas en *marcar*: *Ya chaval, vaya vaya* (MALCE2G02), *Venga chaval, ¿ese portero qué?* Este tipo de yuxtaposición, en la que varios marcadores típicamente conversacionales aparecen inmediatamente seguidos y en relación con un sólo miembro de discurso, ha sido observado por Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4172), y, aunque se trate de co-

ocurrencias frecuentes, estas combinaciones forman un aspecto de los marcadores del discurso todavía poco estudiado (Landone 2009: 332).

Al formar estas ‘cadenas’ parece que los marcadores pueden acumularse con cierta libertad. Sin embargo, el enfocador de la alteridad tiende a aparecer como segundo elemento: *Va chaval, ya cero clases, yo ya he acabado* (MALCE4G02), *Mira chaval, tengo unas ganas de llegar a las pruebas con un cacho de hierbas* (MALCE4G01). La única excepción que encontramos es *Se tiraban ahí chaval tronco aquí, y yo a mí...* (MALCE2G01), fragmento en el cual *tronco* parece asumir la función de enfocador de la alteridad predominante, mientras que la función de *chaval* es más difusa. Estas observaciones corresponden con las de Martín Zorraquino, quien señala que las posibilidades combinatorias de la acumulación de señales y marcas de actitud se ven condicionadas por los reflejos de las categorías gramaticales de procedencia de los marcadores (Martín Zorraquino 1998: 40). Parece por tanto que en las combinaciones de marcadores, el enfocador de la alteridad *chaval* – quizás por su herencia ‘denominativa’ – ‘debe’ aparecer último, marcando la relación entre el hablante y el interlocutor, mientras que el primer elemento de la combinación tiende a marcar la relación entre el hablante y el mensaje emitido: *Ya ves chaval, sino me habría quedado ya tirado pero el domingo entero* (MALCC2G01), *Vamos chaval, si tuviera yo, si tuviere yo la edad, allí estuviera yo* (MALCC2G03).

Quizás debido a que la acumulación de marcadores debe ordenarse de modo congruente desde el punto de vista de la categoría gramatical de procedencia, se pueden observar algunas variantes combinatorias más frecuentes, mostradores de la misma semifijeza o rutina que vimos en algunas estructuras exclamativas – hablamos de *venga chaval, mira chaval y bueno chaval*. También en estos casos el primer marcador parece ser el que más se vincula con el mensaje, mientras que *chaval* desempeña un papel vinculado al interlocutor. Juntos se convierten en una unidad enfática: *Venga chaval, que es el tres, payaso* (MALCE4G03), *Bueno chaval, tengo unas ganas de que llegue Nochevieja que flipas* (MALCE4G01). En estas ocurrencias podríamos hablar de la formación de unidades especializadas en la marcación mediante las cuales los hablantes pueden marcar actitudes tanto en cuanto al mensaje como en cuanto a la relación social de forma eficaz y económica. De este modo observamos, con Landone, que la acumulación no necesariamente tiene que representar una intensificación (Landone 2009: 334), sino que parece resultar un recurso comunicativo particularmente eficaz en la situación enunciativa, y más aún si las combinaciones pueden

considerarse rutinarias. Incluso se podrían comprender como un apoyo al contorno entonativo y al ritmo del enunciado al que remite, para que “suene mejor” (Östman 1981: 42). De todos modos parece vigente lo que confirma Portolés Lázaro:

[...] si las inferencias obtenidas sin marcadores son las pretendidas por el hablante, no se utilizan estas unidades, y si, por el contrario, con un solo marcador no se alcanzan las inferencias deseadas se acumulan varios (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 34).

A este respecto cabe recordar que el lenguaje juvenil tiende a la expresividad, tendencia que las unidades especializadas en la marcación parecen apoyar: *Buah tío chaval* (MALCE4G03), *Hombre chaval* (MALCE4G01). Así, se podría proponer que la marcación *en sí* forma parte de lo que el hablante desea comunicar, ya que se indicaría con ella una desenvoltura social en cuanto al uso de la lengua y, debido a la expresividad típicamente juvenil, pertinencia al grupo en cuestión.

4.1.6 Enfocador de la alteridad: a modo de resumen

En este apartado hemos dado cuenta de las dinámicas funcionales de *chaval* en una de sus principales funciones: la de marcador enfocador de la alteridad. La característica fundamental de *chaval* en esta función parece ser la de poner de relieve la relación entre hablante e interlocutor, función en la cual se refleja de forma considerable su origen en la función apelativa del lenguaje. Este señalamiento del enfoque o la posición que el hablante va adoptando con respecto al interlocutor ha sido analizado como una de las funciones que cumplen particularmente los enfocadores de la alteridad (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4144). Los hallazgos de este estudio muestran que mediante el empleo de *chaval* como enfocador de la alteridad los jóvenes hablantes pueden expresar simpatía hacia el interlocutor a quien involucran en la conversación, reforzar la unidad y la identidad del grupo, y marcar – siendo un marcador típicamente juvenil – la pertenencia a éste. Su uso indica un estilo comunicativo franco, desenvuelto y natural y, por tanto, sostiene la idea de confianza y cercanía social. Dado que todas estas propiedades señalan acercamiento, el empleo de *chaval* como enfocador de la alteridad se ve involucrado en las estrategias de la cortesía verbal positiva.

El empleo de *chaval* como enfocador de la alteridad no está determinado por el tipo de enunciado con el que ocurre – encontramos el marcador con declaraciones, imperativos, exclamaciones e incluso formando enunciados autónomos; el factor significativo parece ser la modalidad que lo cubre. Así, los hallazgos del presente análisis ponen de manifiesto que los jóvenes muestran una preferencia por incluir *chaval* en fragmentos de discurso particularmente expresivos, sean ellos imperativos, exclamativos, declarativos con modalidad exclamativa o simplemente *expresivos*, es decir, enunciados constituidos solamente por marcadores. Hemos dicho que el lenguaje de los jóvenes es particularmente expresivo; la expresividad parece formar parte de la construcción y modificación de sus imágenes sociales. No es sorprendente, entonces, la necesidad de formas y funciones que les permita seguir utilizando expresiones en el límite de lo que es legítimo sin temer que se provoque una alteración relacional – señales como *chaval*, que posibilitan la estructuración dinámica de sus imágenes y que aseguran las buenas relaciones. En otras palabras, se trata de una de las maneras sutiles en las que podemos modificar nuestra expresividad como observaban Caffi y Janney:

In short, we all seem to be capable of producing, modifying, and modulating linguistic and other expressions of affect more or less at will, in very subtle ways, in order to fit the personal and interpersonal exigencies of different occasions (Caffi y Janney 1994: 326).

Los hallazgos de nuestro trabajo muestran que *chaval* se encuentra entre las herramientas a las que pueden recurrir los jóvenes hablantes para adaptar – de forma sutil – sus enunciados al contexto. El aporte amistoso que representa este marcador mitiga los posibles efectos inoportunos de enunciados particularmente expresivos; el marcador asegura la expresividad típicamente juvenil pero no a costa de la relación social, y viceversa – asegura que la relación social se mantenga, pero no a costa de la expresividad típicamente juvenil. De este modo, *chaval* funciona como una especie de pista que especifica la fuerza intencionada (Wierzbicka 1991: 240) para que se interprete de la manera deseada. Si la confianza interpersonal se concretiza en un estilo comunicativo abierto y sin reservas (Landone 2009: 183), *chaval* parece funcionar como una reserva ‘camuflada’: al tratarse de una herramienta útil para asegurar el éxito inferencial de las intenciones comunicativas del hablante, su empleo resuelve posibles problemas comunicativos en el desarrollo de la conversación y siempre sin presentarse como una estrategia mañosa o meditada.

4.2 *Chaval* como mantenedor del turno

En el apartado anterior dimos cuenta de las dinámicas funcionales de *chaval* en los casos donde su función predominante es enfocar la alteridad. Dado que el marcador funciona como aporte a la construcción de las imágenes sociales, la identidad grupal y a las buenas relaciones, las observaciones previas mostraron que emplea un papel importante en cuanto a la regulación de la relación entre los hablantes. Ahora bien, se considera un hecho que los valores y matices de un mismo marcador pueden ser diferentes según el contexto de uso (Landone 2009: 103; Jørgensen y Martínez López 2007: 7). Nuestros hallazgos confirman este hecho: diferentes situaciones enunciativas corresponden a usos diferentes de *chaval*. A continuación examinaremos las ocurrencias de *chaval* en las cuales sus funciones predominantes se vinculan hacia las operaciones relacionadas con la propia configuración del discurso; hablamos de un uso metadiscursivo manifestado en relación con el mantenimiento del turno. Valga presentar un ejemplo: *Ay, que el Luis se puso a ligar con una monitora de museo chaval que estaba mazo de buena* (MASHE3G08). En este caso, *chaval* parece emplearse para controlar el contacto, evitar una pausa en la cadena hablada; es decir, evitar que se produzca un punto en el cual pueda haber un cambio de turno – punto que en el apartado 2.7 y siguiendo a Yule, hemos denominado *Transition Relevance Place*, TRP. Con este uso, el hablante mantiene el control de la palabra e impide la intervención de sus interlocutores antes de que considere acabado su turno. En otro caso, *Que nos quedamos encerradas chaval, ¿os acordáis?* (MALCC2J03) se destaca aún más la pérdida de parte de su significado apelativo – obsérvese que tanto el adjetivo como el verbo se flexionan de acuerdo con el género y el número de las interlocutoras, mientras que *chaval* – que debe servir para enfatizar y mantener el turno y no para invocar a las interlocutoras – se mantiene inflexionado.

En los dos ejemplos presentados, *chaval* refleja cierto matiz de señalamiento hacia los oyentes (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4199) y se presta, de este modo, a la regulación de contacto entre los hablantes, de forma parecida a la que vimos en el apartado 4.1. No obstante, en estos mismos ejemplos se observa simultáneamente un *chaval* claramente vinculado a la organización de la actividad discursiva (Briz Gómez 1998: 199). Al ver su significado trasladado de esta manera hacia el ámbito de la configuración de la información y la formulación de la conversación, sus características se ajustan a las de un marcador metadiscursivo:

Los marcadores ‘metadiscursivos conversacionales’ forman parte de los procedimientos que utilizan los interlocutores para construir la conversación. Vienen a representar trazos del esfuerzo que realizan los hablantes para formular e ir organizando su discurso (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4194).

En los casos que presentamos a continuación, domina en el marcador *chaval* este tipo de características metadiscursivas. Queremos, en lo que sigue, mostrar que precisamente en esta función *chaval* parece mostrar el mayor grado de gramaticalización: mediante su uso repetitivo y rutinario, la palabra que antiguamente era utilizada para invocar parece haber adquirido funciones de una naturaleza más abstracta que las que se pueden rastrear en su significado léxico original. Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4191), los marcadores metadiscursivos están representados, en general, por formas que desempeñan también otras funciones, por ejemplo relacionadas con el enfoque de la alteridad, lo cual ciertamente corresponde con nuestras observaciones.

En lo que concierne la posición, el uso de *chaval* que aquí nos ocupa se opone al uso que examinamos anteriormente: el marcador en función predominante de enfocador de la alteridad tiende a aparecer temprano en enunciados cortos y expresivos, mientras que en función metadiscursiva de mantenedor del turno, tiende a aparecer en medio de un fragmento de discurso más largo, tal y como se puede apreciar en *Marcos, el mensaje que yo tengo en salida para mandar, para mandárselo a una que tú sabes, está mazo de guapo, el pichote ayer se quedó flipado chaval porque está mazo de guapo* (MALCE2G01). Que *chaval* aparezca de esta manera, en medio de un turno y sin entonación acentuada, debe indicar que la función de invocar se ve considerablemente debilitada y que, probablemente, otras funciones se ven reforzadas. Si la llamada de atención ya está claramente asegurada, como tenemos que suponer que es el caso aquí, se observa que los elementos que sirven para invocar cumplen otras funciones (Bañón 1993: 27). Los aspectos funcionales que se ven enriquecidos en los casos tratados en este apartado giran, como hemos señalado, en torno de la comprobación del contacto y del mantenimiento del turno; los jóvenes parecen encontrar en *chaval* una posibilidad de evitar rupturas en la continuidad de sus enunciados y su uso funciona de este modo como índice de resistencia a ceder la palabra. Este tipo de uso ocurre típicamente en fragmentos de discurso que se caracterizan por un estilo narrativo y parece funcionar como una atadura semántico-pragmática que impide al interlocutor tomar la palabra. A este respecto cabe recordar que el estilo comunicativo de los jóvenes se caracteriza por una participación alta, traslapos, narraciones vívidas y frecuentes cambios de turno y de

tema (Jørgensen y Martínez López 2009: 69; Andersen 2001: 7), de modo que si añadimos que la inseguridad propia de la etapa juvenil puede ser motivo de un extendido uso de marcadores (Jørgensen 2008: 391), nos encontramos ante una situación comunicativa de ‘lucha’ entre los hablantes para ocupar el centro de atención. En tal escenario, los jóvenes, inseguros en cuanto a relaciones e identidades, recurren a elementos como *chaval* cuyas funciones les permiten comprobar el contacto con los oyentes al mismo tiempo que extienden su turno.

Dividimos el presente apartado, en el cual se analiza *chaval* como mantenedor del turno, en cuatro subapartados: en la sección 4.2.1 examinaremos su empleo a la luz de la noción de TRPs, en la 4.2.2 su uso en medio de fragmentos continuos, en la 4.2.3 su utilización para llenar un hueco entre dos enunciados, y en la 4.2.4 su función en fragmentos de discurso titubeantes. En la sección 4.2.5 resumimos brevemente los hallazgos más importantes del apartado. Que esta división sea diferente a la que se ha visto en el apartado 4.1, se debe a que se ha hecho a base de las tendencias que se muestran en la realidad del material, para de la mejor manera posible presentar y hacer comprensible el funcionamiento de *chaval* como herramienta metadiscursiva para mantener el turno.

4.2.1 Mantenedor del turno: los TRPs en la conversación juvenil

A lo largo de este apartado mostraremos la manera en que *chaval* como mantenedor del turno remite a diversos fragmentos de discurso: lo encontramos en medio de fragmentos que en principio son gramaticalmente continuos, como por ejemplo *Lo sabíamos y parecía como si no lo supiésemos chaval porque estábamos hablando tan normal* (MALCE2G01), entre dos fragmentos que no están conectados de otra forma que mediante *chaval*, como por ejemplo *Bueno pero es que nosotros hemos esperado dos partidos chaval, son mazos esos* (MALCE4G01), y también en fragmentos titubeantes, en los que los jóvenes hablantes parecen tener problemas con la estructuración de su propio discurso, como por ejemplo *Puff es que estaba, joder chaval es que, pedos o sea pedos como ese yo me he pillado...* (MALCC2J02). Común para todos estos casos es que *chaval* se encuentra en un lugar donde sin él podría haberse producido un espacio que diera oportunidad a otro de los interlocutores de tomar el turno, un TRP. Los hablantes que desean ocupar el espacio normalmente esperarán a que llegue un TRP antes de tomar la palabra (Yule 1996: 75); de acuerdo con cada

sistema local de administración, empleando la terminología de Yule, el hablante eventualmente se detendrá, proporcionando un espacio en el cual otro pueda tomar la palabra, cediendo esta manera el turno (Yule 1996: 72). No obstante, a lo largo de una conversación coloquial suceden conflictos que dan lugar a robos del turno (Briz Gómez 1998: 58), ya que la alternancia de los turnos no está predeterminada. Como sabemos que el ambiente enunciativo juvenil puede ser competitivo – y que se intercambian las intervenciones con rapidez, cuando no se solapan (Jørgensen y Martínez López 2009: 69; Andersen 2001: 7) – no es sorprendente que los hablantes que ocupan el espacio en este ambiente procuren evitar proporcionar TRPs. Según Yule, los que ocupan el espacio en un ambiente competitivo “por supuesto” evitarán proporcionar TRPs (Yule 1996: 74).

Resulta interesante a este respecto que el empleo de *chaval* suela aparecer en puntos del discurso en los cuales, sin el marcador, posiblemente se hubiese producido una pausa – ausencia de habla – lo cual, dado el ambiente competitivo, probablemente se interpretaría como un TRP que resultaría en un cambio de turno. El uso de *chaval* permite al hablante añadir más información: *Me voy a tomar un agua con azúcar chaval porque tengo unas agujetas* (MALCE2G03). Ya se señaló en el apartado 2.7 que cada grupo social dispondrá de rasgos discursivos que típicamente se relacionan con un TRP (Yule 1996: 72) y, efectivamente, los hallazgos del presente estudio comprueban que *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño figura como uno de éstos. Su empleo en relación con la aparición de posibles TRPs muestra que el hablante se resiste en ceder su turno, marcando, en fin, que quiere seguir hablando: *Y otro con una bicicleta dio un trompo así chaval y cayó al agua* (MALCE4G03). El uso de *chaval* funciona en estos casos como herramienta para limitar la posibilidad de interrupción, extender el turno, controlar si el oyente está atento, y todo esto mientras se van transformando los posibles TRPs a discurso fluido.

4.2.2 Mantenedor del turno: en medio del fragmento continuo

En el presente subapartado examinaremos el uso de *chaval* como mantenedor del turno en fragmentos de discurso que en principio son gramaticalmente continuos y constituyen una unidad completa que perfectamente podría haberse presentado sin *chaval*. No obstante, los jóvenes optan por incluir *chaval* en medio de ellos, uso que aquí se interpreta como un intento de controlar el contacto y mantener el turno. Se destacan tres empleos de este tipo: la

apariciencia de *chaval* en el ‘hueco’ entre un fragmento de discurso y otro que funciona de manera complementaria a éste, como en *Ay que el Luis se puso a ligar con una monitora de museo chaval que estaba mazo de buena* (MASHE3G08), la apariciencia de *chaval* precediendo a una conjunción, como en *La Ana llega chaval y te ponía con una ahí* (MALCC2G03), y la apariciencia de *chaval* en fragmentos gramaticalmente continuos pero con un orden de palabras ‘dificultado’, como en *Es una movida chaval quedarse así* (MALCCEG01). Común para estos tres ejemplos es que los hablantes parecen tener dominio sobre la forma que toma su enunciado, de modo que el uso de *chaval* se manifiesta como un recurso metadiscursivo para controlar el contacto con los interlocutores y asegurar el mantenimiento del turno.

Cuando *chaval* precede algún fragmento complementario, a menudo una especificación como en *Nos metimos por un camino chaval que era todo césped y había mazo de movidillas* (MALCE2J02), la continuidad gramatical sólo se rompe por el voluntario empleo de *chaval*, por lo que cabe preguntarse qué papel cumple, ya que, recordemos en palabras de Martín Zorraquino (1998: 32), el hablante utiliza la forma *por algo*. Veamos otro ejemplo: *Y la vieja esa, había una vieja rubia chaval que me dejó, me dejó asustada, es que iba así* (MALCE2J02). El empleo de *chaval* parece surgir de una necesidad de comprobar el contacto y asegurar que se está siendo escuchado antes de introducir información complementaria, ya que, claro está, esta información es *complementaria*. Esta consideración se ve respaldada por la frecuencia con la que aparece *chaval* como mantenedor del contacto en combinación con un *que* introductor de proposiciones subordinadas, véase por ejemplo *Y una playa chaval que es un barranco pero de la hostia, te tiras para la playa y pum* (MALC2G01) o también *Y luego un tío chaval, que también iba hasta las orejas...* (MALCE2G01).

Dado que se trata de una introducción de información complementaria, no *necesaria*, tiene sentido preguntarse si este tipo de información no siempre se considera suficientemente eficaz en un ambiente conversacional de alta participación, por lo que un control del contacto con los oyentes entre núcleo y suplemento puede resultar conveniente: *Tengo un frío chaval que no puedo con él* (MALCC2G02), *Éste es un paquete chaval que acaba tirar... eh...* (MALCE4G02). En estos casos, *chaval* evita el surgimiento de un posible TRP antes de añadir información: *Aquí por las calles tranquilo chaval, sin ruidos, sin putas de estas con carro* (MABPE2G01). Como se puede apreciar, esta información no tiene necesariamente que introducirse mediante *que*; también encontramos especificaciones del tipo *Yo me he duchado hoy tres veces ya chaval, esta mañana, luego al mediodía y ahora otra vez* (MAMTE2G01),

o, en forma de opinión: *Así es Lorenzo chaval es lo peor chaval, me da mazo de asco* (MALCC2J01). Respecto a los procesos de gramaticalización tomamos nota de que este último ejemplo forma parte de una conversación entre chicas, lo cual facilita y respalda la interpretación metadiscursiva del marcador a favor de la apelativa.

Como mantenedor del turno en fragmentos continuos, *chaval* no sólo aparece antes de un suplemento de información – también lo encontramos inmediatamente seguido de una conjunción: *El otro día me pasé mazo chaval porque le empecé a interrogar...* (MABPE2G01). Podría decirse que el uso de las conjunciones implica cierto control sobre la planificación del discurso venidero, como se puede apreciar en *A las tres lo he escuchado en mi casa chaval, pues estaba comiendo de la alarma* (MABPE2J03). No obstante, si el uso de la conjunción refleja un grado de seguridad en cuanto al discurso, no es el caso en cuanto a la atención de los interlocutores – de modo que el punto precisamente antes de la conjunción se muestra como un punto natural para controlar el contacto: *Paramos dos veces y sí nos tardamos un pedo chaval pero no verás como le tiraba, tiraba él del bus* (MASHE3G08). En la mayoría de los casos, se trata, sin embargo, de la conjunción *y*, como se puede apreciar en *Es celo, está en celo chaval y había cinco gatos en la terraza* (MACCL2J01). Aunque es una conjunción, el uso juvenil de *y* no refleja necesariamente una planificación ingeniosa; parece poderse emplear de forma bastante libre: *Tú estás chalado chaval y luego me contaron un chiste sobre un avión...* (MAORE2J01). En algunos de estos casos la planificación sobre la marcha propia de la conversación coloquial se muestra particularmente acusada, y *chaval* parece controlar que no se pierda al oyente en el proceso. A este respecto observamos ejemplos como *Se la pone en el ojo y todo chaval y yo ahhh* (MALCE4G03) y también *Fue descargando botellas de, de Fanta y Colacao para la fiesta chaval y casi me muero pero paks de seis botellas sabes* (MALCB2G02). El marcador incluso parece ser una herramienta útil para liberar tiempo para estructurar las palabras que van a venir, de modo que – a menudo en combinación con *y* – tras su empleo se consigue ‘camuflar’ la falta de continuidad en el fragmento de discurso en cuestión, como se aprecia en *A ver si le toca la lotería chaval y le dan por el culo a todo a a a...* (MALCE4G01) o *Me he quedado flipado chaval y el Robinhoo* (MALCE4G02). En *Y me tocó a mí la primera chaval y dice no, que ella no quiere no sé qué* (MALCCEJ02) se puede observar el mismo fenómeno y se percibe la resistencia patente de la cesión del turno.

Como hemos anunciado, también se destaca en el empleo de *chaval* en fragmentos continuos la tendencia a emplear *chaval* entre dos partes necesarias para la constitución del enunciado, en un orden ‘dificultado’: *Con nata chaval está mazo rica* (MALCE4G03). Antes de *chaval* estos enunciados aparecen medio hechos – se controla el contacto antes de dar toda la información – obsérvese por ejemplo *Y cada una de esas vale chaval, quinientas sesenta pesas eh* (MALCE2G04) o *Pues resulta que, que han aprobado, que hemos aprobado chaval la asignatura* (MALCE2J02). En estos casos, a la vez de comprobar el contacto y asegurar el mantenimiento del turno, *chaval* parece desempeñar una función enfática relacionada con el mensaje: *Me quedan diez horas y un día chaval la grabación* (MALCE2G01), *¿Tú sabes lo que duele chaval, un pelotazo de esos?* (MALCE4G01), y también *La hierba de Carlos está mala chaval, en un cacho hostia* (MALCE4G03) Su empleo parece útil, además, en cuanto a al orden de las palabras, ya que da tiempo a escoger y estructurar la parte que le sigue en el enunciado: *A mí siempre me han gustado chaval las ciencias con las letras* (MALCE2G02). En otros casos, la colocación de *chaval* parece ser, estructuralmente hablando, bastante más arbitraria, véase por ejemplo *El pichote ayer se quedó chaval flipado porque están mazo de guapos* (MALCE2G01) o *Y luego aparecieron gentes chaval aquí disfrazados como en plan duendes* (MALCE2G01), lo cual quizás puede explicarse debido a factores propios de la situación enunciativa. Así, aunque parezcan regir ciertas preferencias de colocación en relación con los TRPs, hay algunas excepciones, como las ya mencionadas o como *Y luego con la bicicleta chaval llega aquí en el paseo ése* (MALCE4G03), en las cuales las razones que rigen el uso del marcador parecen basarse aún más el contexto competitivo.

4.2.3 Mantenedor del turno: llenando el hueco entre los enunciados

Tras examinar los casos en los que *chaval* aparece como mantenedor del turno dentro de un fragmento continuo y unido, estudiaremos las ocurrencias en las cuales aparece entre dos enunciados que sintácticamente no están conectados entre sí y que, por tanto, en principio necesitarían una pausa para marcar el fin de uno y el inicio de otro. Los hallazgos del presente estudio muestran que si se quieren evitar tales pausas se puede emplear un elemento que los separe: *Es que la tiene toda roja chaval mañana le dolerán los hombros* (MALCC2J03). En estos casos, se nos presenta el uso de *chaval* como un recurso para extender el turno en el que los jóvenes consiguen mediante su uso transformar el hueco entre un enunciado y otro – es

decir, un posible TRP – a discurso fluido, lo cual dificulta, como consecuencia, la alternancia del turno. Veamos otro ejemplo en el cual se ilustra cómo una hablante tiene bastante que contar y que lo quiere contar todo dentro de un turno de habla, por lo que le conviene utilizar *chaval* como obstáculo para la intervención: *Yo el otro día por poco me cargo a mi hermana chaval me dio un ataque de nervios, yo creo que fue los efectos secundarios que me comí una rulácea a pocos días y no me sentó muy bien de verdad* (MALCB2J01). Ya se ha señalado que entre las estrategias utilizadas para mantener el espacio en un ambiente competitivo se encuentra la de evitar una pausa abierta a final de una unidad sintáctica (Yule 1996: 75), estrategia a cuya realización parece prestar *chaval* su uso en el lenguaje juvenil madrileño.

Este tipo de empleo muestra que el marcador *chaval* es altamente sensible a la evolución de la relación entre los interlocutores (Landone 2009: 167), y se percibe cómo los trazos de su significado conceptual siguen representando cierta apelación y señalamiento hacia el oyente, lo cual lo convierte en un recurso eficaz para comprobar el contacto en fragmentos más largos: *Que también se volcó un camión que no pasaba nadie, mi madre chaval estamos a medio kilómetro de una salida* (MASHE3G02). Al examinar ejemplos como *Y ya le preguntaron municipales y todo que si me bajaban chaval, nos bajaban a los dos y dijeron que no* (MALCE4G03) y *Dos días dos noches durmiendo chaval, me despertaba para mear y para beber agua* (MALCC2G01), cabe proponer que *chaval* pertenece al espectro de recursos directamente accesibles en la memoria de los hablantes y que, por tanto, se emplea con facilidad en una variedad de funciones que necesita el hablante a lo largo de la situación comunicativa. Estos usos de *chaval* además marcan la continuidad del fragmento de discurso, estableciendo una relación entre lo que le precede y lo que le sigue. Por ello puede considerarse, al menos en cierta medida, una señal conectiva (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4101). En un caso como *Siempre se me olvida chaval tengo que meter el la mierda ésta en el móvil* (MABPE2G01), *chaval* parece colaborar hacia el mantenimiento del hilo discursivo (Landone 2009: 93). Tampoco debemos descartar la posibilidad de su uso con finalidades sonoras; en ejemplos como éste último o, por ejemplo, en *Sí pues menos mal que tenía la chaqueta de Juan chaval, que me pusieron a tirar copas* (MAMTE2J01). Así podríamos, tal vez, hablar además de un apoyo a la expresión entonativa, entendiendo *chaval* como un recurso de fácil acceso que incluso se puede emplear para que ‘suene bien’ lo que se dice.

4.2.4 Mantenedor del turno: el fragmento de discurso titubeante

En el presente apartado hemos examinado hasta ahora casos de *chaval* como mantenedor del turno en los que remite a fragmentos de discurso ‘enteros’. Hemos mostrado que la colocación de *chaval* generalmente sigue cierto patrón para mantener el turno relacionado con la proyección de TRPs. En este subapartado examinaremos los usos de *chaval* en los cuales su función de mantenimiento del turno se vincula en mayor grado hacia la ‘compra de tiempo’ para estructurar el discurso, usos de *chaval* cuya función parece ser la de reanudar el discurso cuando el hablante tiene dificultades: *Yo qué sé chaval pues si ése no o ése me lo regaló...* (MALCC2G03). Se trata de casos en los cuales el enlace entre lo precedente y lo pospuesto a *chaval* es más impreciso, tanto en cuanto a la sintáctica, como se muestra en el último ejemplo, como en cuanto a la progresión temática: *Y esa gente chaval yo me quedé flipando y dije y esto* (MALCE4G03). En estos casos, *chaval* constituye una herramienta útil para el joven hablante que trata de ir ajustando la expresión a lo que quiere decir, al tiempo que no cede la palabra al oyente (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4199), lo cual también podemos apreciar en *Y Pablito y yo siguiendo de lado, hacia abajo, incluso yo chaval con mis tragos ahí de púú y yo de uf* (MASHE3G02). Como muestran estos ejemplos, el uso de *chaval* se puede entender como parte de un plan rápido para hacer frente a la formulación y reformulación sobre la marcha del discurso (Briz Gómez 1998: 202); *chaval* funciona como un puente entre lo dicho y lo que se quiere decir: *Pero cómo empezó, empezó él contra la tía así es una movida chaval, ha sido de las patas tío* (MALCE4G02). En todos estos casos, la falta o ruptura de concordancia o continuidad parece ‘arreglarse’ a través del empleo del marcador, al mismo tiempo que retiene el turno y apunta al interlocutor como destinatario del mensaje.

Vemos, pues, que en fragmentos vacilantes o indecisos, *chaval* tiene la capacidad de atar una unidad con otra, y mediante su uso los jóvenes hablantes pueden extender su turno aunque sea vago el contenido proposicional: *Puff es que estaba, joder chaval es que, pedos o sea pedos como ese yo me he pillado...* (MALLCJ02). Resulta interesante a este respecto una observación de Jørgensen, quien muestra que la general inseguridad que caracteriza la etapa entre la niñez y la madurez lleva a los jóvenes a tomar la palabra, en ocasiones, sin saber qué decir (Jørgensen 2008: 388). Así, los jóvenes se agarran a *chaval* y recursos semejantes, empleándolos como marcadores metadiscursivos con el fin de mantener el turno y la atención: *Yo ya se me ha olvidado todo chaval, mira que era, mira que me gustaba la informática, yo*

empecé a ir a clase con 13 años de informática (MALCC2G03). Estos casos reflejan un continuo ajuste y reformulación debido a que el enunciado se está planificando sobre la marcha, rasgos que, según Jørgensen, caracterizan en grado extremo el lenguaje juvenil (Jørgensen 2009: 166). De hecho, aún utilizando *chaval*, son varios los casos en los cuales los jóvenes no consiguen mantener el turno que han obtenido: *Si es que esto es chupado que esto de lo escuchas chaval te* (MALCC2G04), *El sol chaval es que el sol* (MALCB2J01). A veces, las dificultades de planificación parecen hacer que los hablantes casi se dejen interrumpir, lo cual se puede percibir en la entonación: *Claro ello sí os importa que me lo traen de Austria chaval, que es que...* (MALCE4J02). Andersen sugiere que los recursos lingüísticos que indican cierto nivel de conciencia metalingüística podrían utilizarse entre los jóvenes como compensación por la falta de experiencia lingüística (Andersen 2001: 13). Por cuestiones de espacio, no podemos profundizar en esta discusión aquí; nos limitamos a señalar que este tipo de observaciones podrían explicar la existencia de indicadores metalingüísticos típicamente juveniles, además de su frecuencia y uso particular.

De todos modos, cuando los jóvenes pierden la estabilidad y firmeza en la producción lingüística, *chaval* se manifiesta como un recurso útil en la búsqueda de una expresión adecuada. En comparación con otras formas que desempeñan funciones semejantes, como por ejemplo *eh* (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4199) u *o sea*, el origen de *chaval* lo hace apto para implicar en mayor grado la atención del interlocutor: *Fumado chaval o sea, es que hemos cogido hierba a las cinco de la tarde y...* (MALCC2G02). Como señal de vacilación se muestra, pues, más ‘camuflada’, como se puede apreciar en *Aaaah sí estuve yo ayer leyendo los mensajes chaval, sí joder cómo lo hace* (MALCE2G01). A estas observaciones cabe añadir que también donde hemos visto ocurrencias de *chaval* en fragmentos relativamente bien estructurados, se puede ver el uso del vocablo como un recurso para adelantarse la vacilación, obsérvese *Pero luego te llevas a una discoteca chaval una a a o un concierto* (MALCC2G01), e incluso para suavizar o rectificar una vacilación previa, valga como ejemplo ilustrativo el ya mencionado *Pues resulta que, que han aprobado, que hemos aprobado chaval la asignatura* (MALCE2J02). Resulta interesante en cuanto a las funciones de *chaval* en relación con la ‘compra de tiempo’ la existencia de varios casos en los cuales *chaval* se coloca entre dos fragmentos idénticos o casi idénticos, como se puede apreciar en un ejemplo como *O sea que al final gano yo de ti chaval al final te gano yo a ti dinero chaval* (MASHE3G03). También en estos casos se comprueba el contacto y se mantiene el turno, véase *Eso se llena chaval eso se llena esas discotecas se llenan...*

(MALCE2G01). Por ello interpretamos el uso de *chaval* en estos casos como un recurso que permite camuflar la vacilación, introduciendo una repetición de una declaración ya emitida. Al colocarse de este modo, parece incluirse en sus funciones también un refuerzo enfático, obsérvese un caso como *Le digo a mi hermano chaval, le digo a mi hermano que ya ves* (MASHE3G01) o otro como es *Huele debuta debuta chaval, debuta huele debuta de puta madre* (MALCC2G02).

Los hallazgos de esta investigación muestran que si los jóvenes hablantes por alguna razón están a punto de perder la atención de su público, *chaval* se presenta como un recurso útil para suavizar las dificultades que implica la inevitable planificación sobre la marcha. Incluso se podría proponer que el uso de *chaval* en medio de un fragmento libera tiempo para dicha planificación y hace posible que se evite una pausa al final de la unidad sintáctica. En todo caso, se trata de estrategias para mantener el turno y, así, seguir siendo el “centro de negocio” (Briz Gómez 1998: 1). Además debemos considerar la posibilidad de que incluso cuando no se ve que los jóvenes tienen dificultades con la planificación y que forcejan para expresarse, el empleo del marcador – como recurso rutinario directamente accesible en su memoria – podría formar parte de estrategias para esquivar o disimular futuras dificultades.

4.2.5 Mantenedor del turno: a modo de resumen

Hemos puesto de manifiesto que los objetivos por los que se utiliza *chaval* son considerablemente variados: en los casos tratados en este apartado hemos visto que *chaval* tiene la capacidad de indicar que el hablante no desea ceder su turno de habla. En estos casos, el marcador se ajusta a las propiedades de un marcador metadiscursivo (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4144), ya que sus funciones se dirigen, por un lado, al control y organización del mensaje conforme fluye y, por otro, al control de los papeles comunicativos y del contacto entre los interlocutores y de éstos con el mensaje (Briz Gómez 1998: 206-207). Su empleo ayuda a los jóvenes a vincular lo previo y a planificar lo continuo, a regular la progresión de la información o a reformularla para que el fragmento de discurso con el que ocurre sea fluido (Jørgensen y Martínez López 2007: 5). Utilizada con estos fines procedimentales y metadiscursivos, la forma se muestra en proceso de gramaticalización; mientras que sus funciones pragmáticas se ven enriquecidas, sus funciones léxicas se ven debilitadas y se denota la pérdida de parte de su ‘significado’ apelativo, si bien siempre refleja

cierto matiz de señalamiento hacia el oyente. Esta función, sin embargo, de modo ninguno se nos muestra tan manifiesta como en los casos presentados en el apartado 4.1.

En suma, los hallazgos de este análisis muestran que *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño está adoptando funciones conversacionales metadiscursivas, en particular en relación con la toma de los turnos. Como marca de resistencia a ceder el turno, el marcador rellena posibles pausas y evita la proyección de TRPs. Dado el estilo comunicativo competitivo de los jóvenes, al no proyectar TRPs se dificulta el robo del turno; *chaval* funciona como obstáculo para las posibles intervenciones, transformándolas, en cierto sentido, en interrupciones. Incluso podría verse disminuida en el interlocutor la voluntad de intervención, dado que mediante *chaval* se indica – de forma ‘invisible’, pero tenemos que suponer, inferencialmente reconocible – que el hablante no desea ceder el turno. De este modo, el hablante metacomunica a través de *chaval* sus deseos y actitudes en un momento dado de la situación enunciativa – una necesidad que surge sobre la marcha:

Es cierto que en la conversación coloquial no siempre existen objetivos fijados desde el principio, ni tampoco, por tanto, estrategias pre-establecidas, pre-definidas, pero ello no significa que no surjan al empezar a hablar (Briz Gómez 1998: 109-110).

Que la necesidad de estrategias para mantener el turno surja en la conversación juvenil no es sorprendente, pues un patrón de la interacción conversacional juvenil parece girar en torno a un principio de ‘la ley del más fuerte’. Según Andersen, dicho principio se aplica en forma más extendida en la conversación juvenil (Andersen 2001: 6), de modo que puede producirse entre los jóvenes una especie de lucha para mantener el espacio y para impedir que otros lo consigan. El uso metadiscursivo de *chaval* como mantenedor del turno parece reflejar este deseo de seguir siendo el centro de atención. Lo mismo denota el material de estudio en sí, es decir, las conversaciones del corpus, que con frecuencia muestran secuencias parcialmente traslapadas, lo cual respalda la concepción del ambiente comunicativo juvenil como particularmente competitivo. Para seguir siendo el centro de atención, los jóvenes se ven obligados a evitar la proyección de posibles TRPs recurriendo a *chaval* y elementos semejantes que ponen de relieve los enunciados con el que concurren y comprueban fáticamente el contacto con los interlocutores para el mantenimiento de la tensión interlocutiva (Landone 2009: 235). *Chaval* forma parte, pues, de un plan rápido para mantener el turno de la palabra y asegurar el orden y la organización del discurso (Briz Gómez 1998: 202), lo cual implica que ha desarrollado – mediante uso repetitivo – significados de una

naturaleza más abstracta que los significados léxicos originales, lo cual a su vez constituye un indicio indiscutible de gramaticalización.

4.3 *Chaval* como enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre

En el apartado 4.1 examinamos el empleo de *chaval* cuando su función predominante es la de enfocar la alteridad, y, con ello, marcar la relación entre los interlocutores en la conversación. En el 4.2 estudiamos el empleo de la misma forma cuando funciona como mantenedor del turno, esto es, cuando aparece como aporte metadiscursivo a la construcción del discurso. En aquél apartado vimos que cierto señalamiento hacia el interlocutor subsiste incluso cuando la función predominante de *chaval* parece ser metadiscursiva. En el presente apartado indagaremos la posibilidad que tiene el marcador para actuar simultáneamente tanto como enfocador de la alteridad como de índice metadiscursivo de la progresión del discurso. Diferenciamos los casos del presente apartado de los anteriores por considerar que en ellos la función del enfoque de la alteridad y la metadiscursiva son igual de ‘fuertes’ o dominantes. Además, en los casos que aquí presentamos, el aporte metadiscursivo a la configuración del discurso que realiza *chaval* no es indicar la extensión del turno, como vimos en el apartado 4.2, sino, por el contrario, indicar el cierre de una intervención: *A ese chico hace mazo que, hace mazo de tiempo que no le veo chaval* (MABPE2J01). En éste y otros casos, como por ejemplo *Está ahí con la plantación de marihuana, está mazo de guapo chaval* (MABPE2J01), se percibe el enfoque de la alteridad y también un trazo del esfuerzo realizado para ir organizando el discurso; el hablante parece utilizar *chaval* para indicar la cesión de su turno.

En todos los casos presentados en este apartado, *chaval* se utiliza, pues, como último elemento de una intervención, seguido por la toma de turno de otro interlocutor. Antes de proseguir cabe sacar a colación que estos usos del marcador pueden resultar casi inseparables de algunos de los casos que se han tratado en apartado 4.1, en particular si el fragmento de discurso al que remite consta de pocas palabras, como en por ejemplo *Tiene buena pinta chaval* (MALCC2G03) o *Eso es mentira chaval* (MALCB2G01). A este respecto nos permitimos volver a subrayar que nos movemos en un terreno difuso – la determinación precisa de un marcador en un contexto es un asunto complejo – y que las categorizaciones se

han hecho con el fin de presentar los matices funcionales de *chaval* de la manera más ordenada posible. Insistimos en la polifuncionalidad de los marcadores, en que los límites entre sus funciones no son consistentes y en que pueden operar en varios niveles funcionales a la vez. La taxonomía aplicada no implica, entonces, que los casos tratados en el apartado 4.1 no puedan desempeñar también, en contextos determinados, funciones metadiscursivas, ni que los casos tratados en apartado 4.2 no puedan aportar un acusado enfoque de la alteridad – sólo que en los casos que se tratan en este apartado consideramos más manifiesta la coexistencia de las dos funciones. Observemos en este ejemplo sacado de una conversación entre chicas cómo *chaval* se utiliza para enfocar la alteridad, poner énfasis en el mensaje y, al mismo tiempo, indicar el cierre de la intervención en la que concurre:

- MALCE2J01: tía si ves el perfil del Camu tiene ahí una foto de un tío superguapo y dice soy parecido a éste
- MALCE2J03: ponla por favor, pon el perfil... y que tiene una novia que pone una foto de una modelo chaval
- MALCE2J04: no pero es... no lo pone

Este uso favorece la progresión de la conversación y la alternancia del turno. Se distingue de los usos presentados en el apartado 4.1 por estar vinculado en mayor grado con la construcción de la conversación y de los usos presentados en el 4.2 por aportar un enfoque de la alteridad más destacado, además de que la función metadiscursiva destacada es distinta, pues aquí se marca a través de *chaval* la cesión del turno. Observamos el mismo fenómeno en, por ejemplo, *Eh te lo juro, me he gastado cuarenta mil pesetas en cocaína chaval* (MALCC2G04); aquí la llegada del TRP se elucida mediante *chaval* y el joven hablante alenta de este modo la alternancia del turno. De esta manera vemos que *chaval* se ve trasladado al ámbito funcional metadiscursivo, ya que funciona como marca de la estructura de la conversación y de la progresión coherente de la misma (Briz Gómez 1998: 165); al terminar la intervención con *chaval*, se enfoca la alteridad y se marca la posibilidad de un cambio de turno en el uso de la palabra. Dado que ya hemos profundizado la función de enfocador de la alteridad y el aporte que hace *chaval* a la complicidad, la identidad grupal y la pertenencia del *in-group* en dicha función, analizaremos a continuación las dinámicas que giran en torno de su función como marca de cierre de la intervención. Dividimos el presente apartado en tres subapartados, de acuerdo con las tendencias y características que muestra el

proponer que los jóvenes hablantes buscan asegurarse de que sus oyentes les consideran interlocutores cooperativos (Yule 1996: 39). Observemos cómo el hablante en el siguiente ejemplo con el primer uso de *chaval* parece haber enfocado un TRP y no un deseo de extender el turno, pero que, como nadie toma la palabra adaptándose al patrón comunicativo que ha propuesto, añade otro enunciado, también cerrado mediante *chaval*:

MALCE4G01: ya está Rafa jodido con fiebre y fumando
tabaco chaval... eh que con la fiebre si fumas
te sube la fiebre chaval

MALCE4G02: sí

MALCE4G03: ahí va

El caso es que las transiciones suaves suelen apreciarse, por lo que para lograr un cambio de turno sin complicaciones los hablantes tienen que ser conscientes del sistema local para poder reconocer los TRPs apropiados (Yule 1996: 72). Ya que generalmente en la conversación cada potencial hablante espera hasta que el actual hablante llegue a un TRP (Yule 1996: 74), los jóvenes parecen o disimular o eludir los TRPs según su deseo comunicativo subyacente, como vimos en el apartado 4.2, o hacerlos explícitos, como vemos en casos como *Yo qué sé, verás qué guapa va a estar chaval* (MALCE4G03). Con la colocación de *chaval* como último elemento de la intervención y con ayuda de pistas entonativas, el hablante señala que por ahora considera terminado su aporte al intercambio de intervenciones. Esto introduce, además, cierta instrucción para el oyente: se le orienta a que sea él quien procese la información (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4199). Así, al imaginarse fragmentos como *Que a mí, yo veo a mi hermano y no puedo bailar ni puedo hacer tonterías, es que te da cosa, te da vergüenza chaval* (MALCC2G03) o *Yo soy el prototipo de adolescente de mi clase chaval* (MAORE2J01) sin el marcador, se percibe cómo su clausura se vuelve considerablemente más vaga. El uso de *chaval* marca el cierre de la unidad y, por ello, su empleo estimula la transición del turno y favorece una réplica a la información propuesta: *¿Viene Chema? Bueno, se va a pensar que somos unas guarras chaval* (MALCB2J02).

El uso del marcador como marca de cierre de la intervención permite que la conversación juvenil proceda en el ritmo expeditivo que la caracteriza. Según Yule, la marcación más obvia de un TRP es el fin de una unidad estructural y una pausa (Yule 1996: 74). No obstante, dado el estilo comunicativo de los jóvenes, las pausas entre un turno y otro no se dan con la misma

frecuencia que en otros ambientes comunicativos – quizás ni son bien vistas en lo que los jóvenes consideran una comunicación exitosa. De este modo vemos como *chaval* – por dar paso a un nuevo turno – figura entre las herramientas útiles que, como lo ha expresado Briz Gómez, ayudan a los protagonistas de la conversación a ir marcando las distintas voces del juego polifónico que es el discurso (Briz Gómez 1998: 82): *Que me han dicho que se ha cortado el pelo chaval* (MABPE2G02). A este respecto cabe mencionar que los jóvenes madrileños a menudo operan con enunciados que no cumplen las expectativas generales de una ‘unidad estructural’, compárese, por ejemplo *Un poco puto chaval* (MALCE4G02). Así, el marcador *chaval*, y probablemente otros semejantes como *tío* o *tronco*, como marca de cierre del turno podría tener una importancia especial en la situación enunciativa juvenil, ya que en ella el fin de una intervención no necesariamente corresponde con el fin de una unidad estructural.

4.3.2 Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: la intervención intercalada

Respecto al uso de *chaval* como índice del cierre de una intervención, queremos llamar la atención a un aspecto particular observado en relación con el lenguaje juvenil: se ha propuesto que el comportamiento cooperativo y cortés en la etapa juvenil puede someterse a principios diferentes a los que gobiernan en la conversación adulta (Andersen 2001: 13; Yule 1996: 74). Por ello, cuando hemos dicho que en una conversación generalmente se espera a que el actual hablante llegue a un TRP antes de tomar la palabra, puede ser que en el lenguaje juvenil la tendencia no sea tan unilateral. En nuestro corpus, muchas de las intervenciones en las que encontramos *chaval* como índice de cierre son breves e intercaladas, a menudo incluso traslapadas, sin que esto parezca constituir un problema comunicativo. Observemos al respecto este ejemplo ilustrativo, en el cual las intervenciones que empiezan antes de que la anterior se haya terminado completamente se marcan con []:

- MALCC2J02: [jo y luego las pegatinas eran tres]
- MALCC2J03: [pa que luego te quiten un mechero de cinco euros chaval]
- MALCC2J02: [o había mazo de camisetas por veinte euros]
- MALCC2J01: [es que son ochocientas pelas un mechero tía]

Con sus intervenciones cortas las jóvenes parecen, en solapamientos una tras otra, aportar lo suyo al conjunto de información que se está procesando en común; con *chaval* y también *tía*, indican que su intervención se cierra por ahora, aunque otra hablante ya haya empezado la suya. Recordamos que el ambiente conversacional juvenil se caracteriza estilísticamente por la participación alta y – al saber que no necesariamente gobiernan en este ambiente los mismos principios de cooperación que en el adulto – estos solapamientos se pueden interpretar como poco problemáticos. De hecho, Yule señala que para muchos hablantes, y frecuentemente hablantes jóvenes, el habla traslapada puede funcionar como expresión de solidaridad y cercanía y para expresar opiniones y valores similares (Yule 1996: 74), lo cual parece ser el caso en el último ejemplo expuesto. También Jørgensen (2009: 166) señala que se crea una considerable cantidad de solapamientos entre los interlocutores juveniles, lo cual respalda la interpretación de semejantes intercambios como contextos enunciativos poco problemáticos. *Chaval* parece utilizarse también para cerrar intervenciones cuando otro hablante ya está produciendo la siguiente intervención, fenómeno que refleja la tendencia general de los adolescentes a producir turnos considerablemente más breves que los de los adultos y a hablar marginalmente más rápido (Andersen 2001: 7). Con semejante telón de fondo, *chaval* constituye una herramienta útil para efectivizar y guiar el progreso de la conversación en los frecuentes intercambios traslapados o particularmente expeditos:

- MALCE2J03: el que vive en Tenerife
- MALCE2J01: ah ese yo no le conozco
- MALCE2J03: oh que buenos están sus empleados chaval
- MALCE2J01: no tía si yo tengo que irme
- MALCE2J03: [al verano que viene]
- MALCE2J01: [a Tenerife contigo tía, me lo dices siempre y nunca voy]

Todas estas observaciones coinciden con las de Jørgensen (2009: 166), quien señala que las intervenciones en el lenguaje juvenil se producen con un gran dinamismo y que las intervenciones iniciativas y reactivas se intercambian con mucha rapidez. En otro artículo, la investigadora propone que la rapidez especial con la que suceden los cambios en el lenguaje juvenil, fomenta el uso – o abuso – de los marcadores (Jørgensen 2008: 288). Tomemos nota, a este respecto, de que en las cinco o seis intervenciones breves del último ejemplo se pueden contar cinco usos de marcadores conversacionales (*ah, oh, chaval, tía, tía*). En cuanto a la gramaticalización debemos tener en cuenta, además, que la conversación del ejemplo arriba citado es exclusivamente femenina, de modo que *chaval*, inflexionado como está, se manifiesta como un marcador en proceso de gramaticalización. Lo mismo vemos aquí, caso en el cual el emisor es masculino y las referentes femeninas:

- MAMTE2J01: espera
- MAMTE2G01: déjame ir al baño un momento chaval
- MAMTE2J01: no
- MAMTE2J02: que no, que no tío, que se calienta, que no

Chaval aparece de este modo con una alta frecuencia – como cierre de una intervención intercalada que forma parte de una secuencia de intercambios lingüísticos breves y expeditivos: *Está claro que se lo pregunté chaval* (MALCE4G03), *Que no me acuerdo, que te lo juro chaval* (MALCC2G03). Observemos cómo *chaval* cierra la intervención y pasa el turno, *Cómo se ralló porque nos comimos el Suchard chaval* (MALCE4G03), *Pues sí que se escucha un pescado chaval* (MALCC2G05), y cómo marca la finalización de la contribución del actual hablante al conjunto de enunciados que forman la conversación: *Es que tú no viste la bomba chaval* (MALCE2G03), *Es que el tiempo pasa chaval* (MALCC2J03). A menudo, son más de dos los interlocutores que participan en este tipo de intercambio dinámico:

- MALCC2G03: pero yo creo que tiene diecinueve chaval
- MALCC2G02: ¿quién?
- MALCC2G03: la chavala esa
- MALCC2G02: que no, tiene dieciséis
- MALCC2G01: pero qué chavala

En este contexto cabe clarificar, como ya se ha mencionado brevemente, que los enunciados de los jóvenes no siempre toman la forma de una unidad estructural completa. En ocasiones lo que los jóvenes desean intercalar como intervención en la conversación toma forma como por ejemplo *Eso nunca chaval* (MAESB2J02) o *La polla chaval* (MALCE2G01). Este tipo de uso respalda la idea del marcador como un recurso que fomenta la interpretación de la intervención como terminada, permitiendo intervenciones intercaladas como *De aquí al mar chaval* (MALCE4G03) o *Hasta que no le veo yo chaval* (MALCE2G03). En estos casos, *chaval* es el único elemento lingüístico – esto es, no extralingüístico – que guía las inferencias del oyente hacia la suposición de que el hablante no quiere añadir nada más, y de que el fragmento en cuestión no debe interpretarse como parte de una unidad más larga. Lo mismo vemos en casos como *Al palo chaval* (MALCE4G03) o *Veintinueve minutos chaval* (MAMTE2J01); *chaval* aquí facilita la interpretación del cierre de la intervención y apoya a la progresión de la conversación.

4.3.3 Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: la relación con el mensaje

Hasta ahora nos hemos concentrado en el presente apartado en la capacidad de *chaval* de enfocar la alteridad y, al mismo tiempo, indicar el cierre de un turno, función metadiscursiva relacionada con la propia progresión de la conversación. En adición a estas funciones, puede – y suele – realizarse con el uso de *chaval* una orientación o enfoque al mensaje con el que concurre, es decir que *chaval* influye en éste, en la mayoría de los casos en función de aporte enfático. Con *enfocar el mensaje* nos referimos a que *chaval* aumenta la precisión referencial del enunciado (Landone 2009: 221). Observemos cómo se enfoca el mensaje a través del marcador en *Pero me bajé con unas pibas en un taxi chaval* (MALCE4G03). Ya hemos mencionado que las funciones de los marcadores se ven matizadas según su posición en relación con el mensaje y, al encontrarse pospuesto, el énfasis en el mensaje realizado por *chaval* parece estar más manifestado que en los otros casos – en particular en comparación con las ocurrencias en las que funciona como mantenedor del turno. Aunque sea difícil delimitar el fenómeno *enfaticar* (Vigara Tauste 1992: 131) se percibe cómo *chaval* realza y pone de relieve la información que le precede: *No se lavaba el pelo en dos años chaval* (MALCE2J03). Ahora bien, precisamente en este ejemplo tal vez exista ya en el contenido

proposicional información que invite el oyente a reflexionar o a reaccionar, pero en otros casos, como *Y ahora como gratis chaval* (MALCE2G02) y *Sí pues hasta que vengan nos dan las seis chaval* (MALCC2G03), *chaval* es el elemento que realza la posible importancia del mensaje emitido, como si estuviera comunicando que lo dicho merece especial consideración. De este modo colabora en el mantenimiento de la tensión comunicativa (Briz Gómez 1998: 167) y junto a otros recursos enfáticos, como son el tono de la voz o el gesto, *chaval* parece encontrarse entre las herramientas a las que puede recurrir el joven hablante para poner énfasis en su mensaje: *Es que parece una seta chaval* (MALCC2G02), *Sí he traído cosas que molan, he traído house también chaval* (MALCC2G01).

Si bien es difícil señalar precisamente cómo modifica *chaval* el mensaje que le precede, en una intervención como *Hicimos la hostia con el coche del Sherpo chaval* (MALCE4G02) es indudable que se perdería información inferencial si quitáramos *chaval*, quizás porque funciona como enlace entre el enunciado al que remite y el contexto. Ya se ha señalado que la función de los marcadores está notablemente ligada a factores contextuales – el contexto se encarga de actualizar dichos elementos en su uso discursivo (Jørgensen y Martínez López 2007: 3), de modo que *chaval* parece teñir y contextualizar el valor del enunciado que lo precede. Pero es necesario especificar que esta relación aparece como recíproca, porque también los valores del marcador parecen verse teñidos y contextualizados por el enunciado con el que ocurre. Ahora bien, tampoco el contexto es estático, sino que se construye al mismo tiempo que se interpreta (Montolío Durán 1998: 98), de modo que el contexto situacional influye en el uso de los marcadores; si se va a utilizar uno, cuál y cómo, al mismo tiempo que el marcador, por su parte, influye en el contexto situacional. En palabras de Landone, “hay como una adaptación recíproca entre marcador y contexto” (Landone 2009: 101). Así, en un caso como *Parece un condón chaval* (MASHE2G05) tras el empleo de *chaval* se intuye un contexto humorístico y relajado, mientras que en *La he visto gol chaval* (MALCE4G02), *chaval* se encarga de colocar el enunciado en un contexto camaratesco.

Además de constituir un enfoque de la alteridad y una señal de finalización de una intervención, *chaval* constituye un recurso para enfocar y contextualizar el mensaje, una “pista de contextualización” (Schiffrin 2006: 321-322), y por ello se convierte un índice de la actitud del hablante: *Jo, ya empiezas tú también chaval* (MALCE2G02). Este índice de actitud es, según Landone, también de *relación*, es decir que tiene su razón de ser en la presencia de los interlocutores (Landone 2009: 326). A través de *chaval* como último

elemento de la intervención se pone de relieve cómo el hablante se enfrenta al mensaje emitido, y, como recurso enfático vinculado con el mensaje, también puede apoyar la opinión del emisor: *Esa gente está toda ida de la cabeza chaval* (MALCE2G03). Ya hemos mencionado que un marcador puede utilizarse para reforzar o justificar los razonamientos del hablante ante sus interlocutores (Briz Gómez 1998: 225), lo que podemos apreciar en ejemplos como *Esto es un cantazo chaval* (MAMTE2G01) o *Está mazo de bueno el niño chaval* (MABPE2J01). Así, al cerrar el enunciado que pone de relieve y orientar a que sea el hablante quien procese la información, *chaval* también indica, en cierto sentido, una búsqueda o esperanza de reacción a la información que se ha expuesto: *Cómo moló ayer el programa del TeleMadrid chaval* (MALCE2G06), *Que son unas yonkis chaval* (MALCC2G03). Parece manifestarse en el empleo de *chaval* como último elemento en una intervención, pues, una invitación a una intervención reactiva; es como si *chaval* indicara que el hablante está esperando algo de su interlocutor.

4.3.4 Enfocador de la alteridad y metadiscursivo de cierre: a modo de resumen

Al examinar las ocurrencias en las que *chaval* presenta un enfoque de la alteridad y al mismo tiempo funciona como índice del cierre de la intervención en la que ocurre, hemos visto que cuando aparece pospuesto al fragmento de discurso al que remite, puede funcionar metadiscursivamente como marcador de cesión del turno e indica la conformidad del hablante con dicha reexpedición. Estas observaciones son particularmente interesantes a la luz de los hallazgos presentados en el apartado 4.2, ya que *chaval* parece poder emplearse en dos funciones completamente diferentes: como marca de que el hablante desea extender su turno y como marca de que el hablante prefiere ceder el mismo. Ya que *chaval*, en los casos aquí tratados, además de indicar un señalamiento hacia el oyente se encarga de señalar el límite de la intervención favoreciendo el cierre de la misma y, por tanto, la cesión del turno (Briz Gómez 1998: 227), su uso se ajusta a las propiedades de los marcadores metadiscursivos (Briz Gómez 1998: 82). Además, este uso de *chaval* muestra su capacidad de enfatizar el mensaje con el que concurre, atenuando su valor; a menudo parece funcionar como un ‘punto’ expresivo.

Al marcar el TRP, la posibilidad de un cambio de turno, *chaval* forma parte de los recursos utilizados para hacer que el discurso coloquial avance (Briz Gómez 1998: 203). Su papel en la interacción enunciativa es de índice de la progresión conversacional y propicia, a su vez – dado que un marcador normalmente es operativo en diferentes planos de forma simultánea (Landone 2009: 106) – un acercamiento al interlocutor, indicando pertenencia al *in-group* y tiñendo la configuración del discurso de un carácter cortés positivo. Los indicios de cortesía positiva introducidos por *chaval* en estos casos no sólo se derivan de su papel de enfocador de la alteridad. Su empleo se puede incluso considerar un aporte cooperativo a la construcción del discurso, al “juego polifónico” del que habla Briz Gómez (1998: 82), en el cual *chaval* puede utilizarse para indicar que el hablante actual quiere escuchar otras voces. Que los hablantes se esfuercen en elaborar sus enunciados más de lo estrictamente necesario para que se comprenda el mensaje es un reflejo, según Yule (1996: 65), de una preocupación por el *face* del interlocutor. También Landone explica que las actividades conversacionales dirigidas a la organización y a la gestión de la estructura discursiva pueden prestarse a usos de equilibrio interpersonal (Landone 2009: 235). Se pone de manifiesto, pues, que este uso de *chaval* que hace más explícito el TRP en cierto sentido refleja una actitud cooperativa, ya que se facilita para el interlocutor la ‘lectura’ de la situación interaccional, al ser usado como señal de la buena disposición del hablante para renunciar su turno (Schiffrin 1982: 73). De este modo vemos que *chaval* – perteneciente a un grupo de marcadores fácilmente accesibles en la memoria de los hablantes – presta su uso a funciones que giran en torno a la colaboración en el mantenimiento del hilo discursivo y que constituye un recurso útil en un ambiente conversacional de participación alta como es el juvenil madrileño, ambiente en el cual la marcación del cierre de los turnos apoya a la formulación y el avance de la conversación en general (Briz Gómez 1998: 203).

5 Conclusión

Es que el tiempo pasa chaval

5.1 En resumen

En el presente estudio hemos examinado las dinámicas funcionales que muestra *chaval* en las conversaciones de los jóvenes madrileños en el corpus COLAm. El uso de *chaval* es frecuente en el lenguaje juvenil madrileño y este análisis ha partido de 537 ocurrencias reales que aparecen en diversas partes del corpus COLAm, mostrando una amplia distribución lingüística y social. La investigación se ha realizado dentro del marco de la pragmática, disciplina encargada, precisamente, de estudiar y plantear los principios y estrategias que se siguen al usar la lengua en una situación real determinada (Briz Gómez 1998: 67). Desde el punto de vista de un enfoque pragmático, lo que se llega a comunicar en la conversación va mucho más allá del valor proposicional de los enunciados (Landone 2009: 22) – en parte porque existen señales que guían las inferencias en la comunicación. Según lo visto en este estudio, la misión principal de los marcadores del discurso – y de *chaval* – es la de dar buena parte de estas instrucciones (Landone 2009: 119); es indudable que el uso de *chaval* constituye una pista para la interpretación que el hablante realiza a fin de dirigir cooperativamente el proceso interpretativo de su interlocutor (Montolío Durán 1998: 109).

La hipótesis subyacente del presente estudio ha sido que *chaval* está experimentando un traslado de función, más concretamente un proceso de gramaticalización. A lo largo del análisis hemos procurado adecuarnos a la realidad propuesta por el lenguaje en lugar de darle la espalda de acuerdo con la recomendación realizada por Bañon (1993: 39). Los resultados de esta investigación respaldan la hipótesis: el lenguaje juvenil muestra un *chaval* en transición desde funciones predominantemente apelativas hacia otras más abstractas, como la de estructurar el discurso y negociar la relación entre los interlocutores, o mantener o cerrar el turno de habla, todas estas funciones *metadiscursivas* propias de los marcadores del discurso. Visto de esta manera, concluimos que las funciones asociadas con *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño son generalmente externas al significado proposicional del enunciado al que remite, por lo que deben describirse como procedimentales más que conceptuales, lo cual

es a su vez una característica fundamental de los marcadores del discurso (Portolés Lázaro 2007 [2001]). Esto, sin embargo, no quiere decir que *chaval* sea léxicamente transparente, es decir, vacío de contenido semántico; la verdad es que posee una evidente relación con el significado conceptual de la unidad que lo ha originado (Portolés Lázaro 2007 [2001]: 25), pero, dada la tendencia que muestra *chaval* hacia la invariabilidad, este aporte semántico es difícil de especificar en términos de significado léxico (Andersen 2001: 21), y no resulta suficiente para explicar las funciones del marcador. En líneas generales podríamos decir que el objetivo esencial del marcador es de una naturaleza actitudinal e interaccional: *chaval* está orientado, por su semantismo, a involucrar al oyente joven, regulando el contacto y la relación social entre los hablantes y como marcador metadiscursivo se utiliza para estructurar la conversación en relación con la toma de los turnos o con la orientación de la misma.

5.2 Las dinámicas funcionales

A lo largo de este análisis hemos investigado qué indicios de procesamiento *chaval* ofrece al destinatario en determinados contextos. Encontramos que *chaval*, dentro de la estructura de la conversación, desempeña una variedad de funciones pragmáticas que dependen sustancialmente del contexto, por lo que hemos analizado los hallazgos según tres espacios funcionales predominantes. En los tres espacios funcionales encontramos empleos de *chaval* inflexionados entre sujetos femeninos. Dados los límites difusos entre una función pragmática y otra, quisiéramos recordar que el esfuerzo no ha sido de sistematización, sino de aporte al sondeo de la diversidad funcional de los marcadores del discurso, en general, y de uno típicamente juvenil, en particular. En el apartado 4.1 examinamos *chaval* cuando funciona predominantemente como enfocador de la alteridad. En esta función, su característica fundamental parece ser un reflejo de su origen apelativo: sobre todo involucra al interlocutor, y pone de relieve la relación entre los hablantes, a menudo en enunciados breves y expresivos. Tras este uso de *chaval* como aporte amistoso, los jóvenes hablantes expresan simpatía hacia el interlocutor y mitigan posibles efectos inoportunos de expresiones que están en el límite de lo que es legítimo. Con esta locución se marca, además, la pertenencia del *in-group* tanto para hablante como para interlocutor, y se transmite desenvoltura, lo cual puede verse como una indicación de cercanía social. En el apartado 4.2 examinamos el uso de *chaval* cuando consideramos que funciona predominantemente como aporte metadiscursivo, manifestando

que el hablante no desea ceder su turno de habla. También en estos casos, *chaval* apunta hacia el destinatario del mensaje, pero no de forma igual de acentuada; su función principal parece ser la de obstaculizar una posible intervención. En esta función el marcador suele aparecer, como es de esperar, en medio del fragmento con el que concurre, a menudo un fragmento con propiedades narrativas. Interpretamos este uso – a través del cual el hablante consigue rellenar pausas, hacer el mensaje fluido y por tanto no proporcionar TRPs – como parte de una estrategia para seguir siendo el centro de atención. En el apartado 4.3 examinamos el uso de *chaval* cuando la función de enfocar la alteridad y la de organizar el discurso no parecen desdibujar la una a la otra: al aparecer como último elemento de la intervención a la que remite, *chaval* se encarga en estos casos de señalar el límite de la intervención, favoreciendo el cierre de la misma y, como consecuencia, indica la cesión del turno y la posibilidad de que otros interlocutores tomen la palabra. De este modo el marcador funciona como aporte cooperativo a la construcción del discurso, como índice y regulador de la progresión conversacional, al mismo tiempo que propicia un acercamiento al interlocutor de carácter cortés positivo, al igual que en los casos tratados en el apartado 4.1.

Las dinámicas funcionales identificadas respaldan la idea del uso de *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño como marcador del discurso. Esto no solamente se debe a la tendencia que muestra hacia la invariabilidad, sino también a su capacidad de alcanzar diferentes niveles funcionales simultáneamente. Estudios anteriores muestran que cada marcador del discurso suele servir una variedad de funciones y que puede activar varias señales pragmático-discursivas al mismo tiempo (Andersen 2001: 22; Jørgensen y Martínez López 2007: 2; Landone 2009: 104). Así, si definimos tres parámetros de la comunicación, uno *estructural* (de organización de discurso), uno *relacional* (de equilibrio interrelacional) y uno de *involvement* (o modalidad y expresión de actitudes, sentimientos, juicios) (Östman 1981: 3, 1995: 104; Landone 2009: 106), *chaval* puede, potencialmente, intervenir en los tres niveles porque conlleva funciones *potenciales* en los tres planos. Que tanto el mantenimiento del turno como la transición del mismo sean favorecidos y estimulados a través de *chaval*, empleándose en un contexto de uso como marca de extensión del turno y en otro como marca de cesión del turno, también se puede subscribir a su traslado hacia el ámbito funcional propio de los marcadores: se ha señalado que en la acumulación de funciones de un mismo marcador las posibles funciones no pocas veces llegan a contradecirse entre ellas (Wierzbicka 1986: 523; Aijmer 2002: 26; Landone 2009: 77; Brown y Levinson 1987 [1978]: 149, 161), observación que se ajusta a la realidad presentada en los ejemplos sacados del corpus.

A este respecto conviene mencionar que *chaval* parece pertenecer a un grupo de marcadores rutinarios en operación en el lenguaje juvenil madrileño, “un lote especializado de marcadores – recortado dentro del espacio funcional con límites difusos – que son de acceso fácil, rutinario y rápido” (Landone 2009: 164-165). Se concibe, así, que *chaval* figura en el lenguaje juvenil madrileño entre los recursos de alta disponibilidad que, por tanto, llegan a emplearse con diversos matices según el contexto de uso. El hecho de que las funciones y matices de *chaval* varían según el contexto implica que su uso en determinados momentos de determinadas situaciones enunciativas favorecen una serie de inferencias que no se dan en otros contextos, lo cual comportaría que las funciones realizadas en el presente estudio no son *intrínsecas* a *chaval*, sino que se amoldan a las intenciones del hablante y al contexto (Landone 2009: 103). Nuestra concepción de la forma en uso se capta, pues, de forma perfecta en la expresión de “expediente funcional concentrado” introducida por Landone (2009: 99), cuerpo en el cual ningún valor potencial es *necesario*, sino que cada uno de ellos se actualiza según el contexto en un discurso particular, como si se activara, mientras otros quedan en estado potencial (Landone 2009: 107; Östman 1995: 104).

5.3 La cortesía verbal en la situación enunciativa juvenil

Ya que *chaval* se utiliza en el mismo nivel de lengua con una variedad de funciones, merece la pena resumir que se destacan en el corpus COLAm dos patrones de comportamiento comunicativo – dos contextos enunciativos básicos – en relación con *chaval*. Uno es la aparente aplicación de un principio de ‘ley del más fuerte’, situación enunciativa en la cual los jóvenes hablantes luchan por convertirse en el centro de atención y utilizan *chaval* y recursos semejantes para evitar que otros consigan el espacio. Otro es la existencia de un conjunto de voces que forman intervenciones traslapadas, parcialmente traslapadas o inmediatamente seguidas, situación enunciativa que no parece constituir un problema comunicativo. En estos casos, el hablante puede utilizar *chaval* como recurso de regulación interaccional para señalar conformidad con la reexpedición de su turno. Sea cual sea el patrón comunicativo dominante, el empleo de *chaval* se muestra como uno de los recursos típicamente relacionados con los TRPs (Yule 1996: 72): en una situación enunciativa encontramos el empleo de *chaval* para tratar de ocultar un posible TRP, y en otra para hacer explícito el TRP – todo según el deseo comunicativo subyacente del joven hablante. Comunicar mejor los deseos del hablante es,

según Portolés Lázaro (2007 [2001]: 161), uno de los dominios de los marcadores del discurso.

Quisiéramos proponer, a este respecto, que el empleo de *chaval* – por dar pautas que guían y apoyan el proceso inferencial, ya sea sobre la construcción del discurso, ya sea sobre la relación entre los hablantes (Landone 2009: 76) – puede comprenderse como *cooperativo* tanto cuando los jóvenes comparten el espacio como cuando luchan por él. El uso del marcador permite al hablante abandonar su marco proposicional y metacomunicar sus actitudes, deseos y sentimientos (Östman 1981: 16), como si estuviera diciendo ‘déjame hablar’ o ‘ahora ya puedes’, pero a través de un marcador que denota cercanía, igualdad y pertinencia de grupo. Estas ‘pistas’ interaccionales pueden comprenderse como indicios cooperativos asociados con la cortesía verbal positiva, tanto por propiciar un acercamiento al interlocutor y favorecer las estrategias de complicidad con él (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4185), como por codificar de forma metalingüística una señal de organización en la regulación conversacional. Tiene lugar lo que señala Landone:

Las actividades conversacionales dirigidas a la organización y a la gestión de la estructura discursiva pueden prestarse a usos de equilibrio interpersonal y con ello de cortesía verbal. No se encargarían, pues, de una mera organización discursiva, sino de una negociación relacional (Landone 2009: 235).

También Andersen asocia la función interaccional de los marcadores con las funciones sociales del lenguaje, tales como el reconocimiento mutuo entre los interlocutores de la relación conversacional y la expresión de solidaridad y cortesía (Andersen 2001: 69). Además sugiere que se investigue en qué medida los jóvenes se preocupan por modificar sus enunciados para mitigar posibles efectos negativos, si son cooperativos interaccionalmente, y si se preocupan por *face-saving* (Andersen 2001: 13). Los hallazgos del presente estudio muestran que – por lo menos en el ambiente juvenil madrileño – *chaval* es uno de los recursos que los jóvenes utilizan precisamente con tales fines. Este marcador constituye una señal procedimental que ayuda a los interlocutores a establecer e inferir la dinámica y el equilibrio relacional entre ellos (Landone 2009: 169), un índice que los hablantes diseminan para que su destinatario infiera cortesía verbal positiva (Landone 2009: 73). Los resultados de los apartados 4.1, 4.2 y 4.3 muestran, sin duda, que los jóvenes se preocupan por las imágenes sociales propias y las de sus interlocutores, imágenes que tienen un carácter fluido y que se van estructurando dinámicamente gracias a señales reguladoras entre los interlocutores

(Landone 2009: 29-30), y entre las cuales encontramos *chaval*. Este marcador se presenta como un recurso disponible para ayudar a los hablantes, poseedores de ciertas habilidades afectivo-relacionales básicas, a interactuar suavemente y sin problemas, negociar posibles conflictos interpersonales y alcanzar diferentes fines comunicativos (Caffi y Janney 1994: 327).

5.4 La gramaticalización

A lo largo de este análisis hemos visto que *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño no necesariamente hace referencia al sexo masculino, sino que puede afectar igualmente a sujetos femeninos – característica atribuida también al marcador *hombre* (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999: 4173). *Chaval*, en adición, ve debilitada su función de designar al destinatario del mensaje y fortalecidas sus funciones procedimentales, lo que nos hace proponer que la forma experimenta un proceso de gramaticalización; un desarrollo a través del cual el sustantivo masculino en tercera persona singular – utilizado tradicionalmente como vocativo – viene a utilizarse inflexionado como marcador del discurso en contextos gramaticales de gran variedad. Como lo dice una de las jóvenes del corpus a otra: *Es que el tiempo pasa chaval* (MALCC2J03). Esta neutralización de significado (en el lenguaje juvenil *chaval* ya no viene a significar *tú, niño*) indica, pues, un cambio de función en el cual la forma deja de comportarse enteramente como sustantivo (en función vocativa), perdiendo algunas de las características que definen al sustantivo (en uso vocativo) como categoría (Pons Bordería 1998: 216) – como por ejemplo la necesidad de concordancia en número y género. Nicolle elucida el proceso:

[...] when a formerly (or formally) lexical expression is used as a grammatical marker, it does not suddenly cease to encode conceptual information; this conceptual information may no longer be of prime importance to the interpretation of an utterance containing such an expression, but is nonetheless still accessible (Nicolle 1998: 23).

De hecho, se ha propuesto que los marcadores del discurso típicamente son piezas todavía en proceso de gramaticalizarse y que se localizan, por ello, en varios puntos de una escala de gramaticalización con palabras de contenido en un extremo y palabras de ‘pura función’ en el otro (Hansen Mosegaard 1998: 238). Nuestros hallazgos nos han permitido identificar un

proceso de fijación incipiente – no completa – pero que sin duda ejemplifica un cambio lingüístico, ya que implica el uso de una forma en funciones no previamente asignadas a ella (Andersen 2001: 302). Según Aijmer, Foolen y Simon-Vandenberghe (2006: 104), es evidente que las funciones contextuales son el resultado del uso táctico de elementos que son, desde un punto de vista semántico, lo suficientemente vagos como para utilizarse con propósitos múltiples. Todas estas observaciones – junto con la tendencia que *chaval* muestra hacia la invariabilidad – confirman que en el uso juvenil madrileño la forma muestra una pérdida de rasgos semánticos y un aumento de significado pragmático, sellos de un proceso de gramaticalización (Andersen 2001: 302). Es de particular interés en este respecto el enfoque en el importante papel que los jóvenes emplean en los procesos de gramaticalización, en palabras de Andersen:

Recent studies have shown that teenagers are in the forefront of the process of developments in which lexical items take on new discursual and pragmatic functions at the expense of their lexical import (Andersen 2001: 9).

Ya hemos señalado la tendencia a innovar característica de los jóvenes (Andersen 2001: 13) y su impacto general en la sociedad hoy en día (Andersen 2001: 4; Rodríguez González 2002b: 15; Jørgensen 2008: 387), por lo tanto no es difícil imaginarse que estas características también puedan recaer sobre el desarrollo de formas que adquieren nuevas funciones pragmáticas y discursivas.

5.5 Perspectivas

El análisis de los 537 hallazgos de la forma *chaval* en función no sustantiva en el corpus COLAm muestra que la forma funciona como índice de la regulación interaccional y social para el éxito de la acción comunicativa, hecho que respalda nuestra hipótesis inicial: en el ambiente juvenil madrileño, el uso de *chaval* manifiesta un proceso de cambio lingüístico. Este cambio – un proceso de gramaticalización – implica que la forma va perdiendo (parte de) su significado léxico-semántico original y pasa a funcionar principalmente a un nivel pragmático. Dado que nuestro estudio analiza un material sincrónico – un corte transversal de una variedad de la lengua en un dado momento – no es sorprendente que hayamos detectado en el mismo material varios pasos en el proceso de gramaticalización. Opinamos que el

proceso de gramaticalización debe haber sido incipiente en el momento que se realizaron las grabaciones, ya que encontramos algunos casos flexionados que ponen de manifiesto la persistencia de su significado léxico original. En otros casos, *chaval* aparece inflexionado independientemente del género y número gramatical del interlocutor.

Conviene preguntarse si este comportamiento innovador que hemos observado tendrá efectos a largo plazo, esto es, si tendrá repercusiones en la lengua española del futuro. Es bien sabido que la lengua varía en el tiempo (variedad diacrónica) y en el espacio (variedad diatópica), según las características de los usuarios (variedad diastrática) y la situación de comunicación (Briz Gómez 1998: 25). Ser consciente de esto, junto con el hecho de que nuestro estudio solamente abarca a un grupo juvenil en un momento determinado, invita a reflexionar sobre si el fenómeno examinado implica que se está llevando a cabo un cambio lingüístico profundo o si simplemente se trata de una característica lingüística de un grupo etario *temporal*, y quizás también *local*, que se altera o se abandona a medida que crecen los hablantes (Andersen 2001: 4). A este respecto es interesante lo que señala Zimmermann; quien subraya que al establecer para sí mismos un símbolo de identidad, los jóvenes pueden, sin intentarlo, contribuir al cambio del lenguaje estándar:

Este cambio puede ser efímero, si un rasgo cae en desuso poco después, pero puede también ser definitivo si primero los jóvenes lo usan con frecuencia y durante mucho tiempo hasta llegar al lenguaje estándar, cuando los hablantes lo integran en su código que consideran estándar, de forma que finalmente las agencias normativas se ven obligadas a codificarlo como ‘normal’ (Zimmermann 2002: 144).

El alcance del presente estudio y las dificultades relacionadas con las predicciones del futuro, no permiten determinar si se trata de un cambio profundo o de una expresión local de identidad social; como bien señala Andersen (2001: 5), esta determinación puede resultar imposible para el lingüista cuya investigación se basa en material empírico sincrónico. Cabe recordar, no obstante, que los jóvenes a menudo se encuentran frente a desarrollos lingüísticos innovadores (Andersen 2001: 5), que cada vez hay más adultos que pretenden “rejuvenecerse” a través del uso de expresiones tomadas del lenguaje juvenil (Zimmermann 2002: 144), que los jóvenes del corpus viven en un centro cultural de importancia y que el mismo tipo de proceso – en el cual un sustantivo abandona su función puramente vocativa a favor de funciones propias de los marcadores del discurso – hoy en día se puede apreciar también en otras formas: compárense el español *hombre* (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 1999:

4061) y el madrileño juvenil *tío*, cuyo uso inflexionado entre sujetos femeninos se ha mencionado brevemente en un artículo de Jørgensen y Martínez López (2007: 74). Un proceso semejante parece manifestarse, además, en el inglés *man* y el danés *mand* (*hombre*), ya que ambos pueden prestar su uso para fines intercomunicativos con independencia del sexo del interlocutor. En resumidas cuentas, el hecho de que sustantivos masculinos de tercera persona singular cuyo uso vocativo ha sido frecuente se vean afectados por procesos de gramaticalización semejantes al que hemos señalado para *chaval* en el lenguaje juvenil madrileño, podría indicar un curso actual al que tienden varias lenguas, por lo que se hacen más probables las consecuencias lingüísticas a largo plazo.

Una intensificación de los estudios que tratan fenómenos lingüísticos juveniles puede ser crucial tanto para nuestra comprensión de procesos lingüísticos diacrónicos como para el conocimiento de las características evolutivas de los grupos juveniles en términos sociales y cognitivos (Andersen 2001: 5). Es de gran interés, además, que surjan estudios comparativos sobre el lenguaje marcado, no sólo en diferentes grupos sociales y culturales, sino también en diferentes grupos etarios; sólo así podremos llegar a saber si el discurso juvenil difiere del adulto respecto a la marcación, las estrategias y recursos relacionados con la toma de los turnos y, con ello, si la adolescencia y la edad adulta difieren esencialmente respecto a principios interaccionales y de cortesía verbal. Sólo así podremos obtener conocimientos apropiados sobre las preferencias discursivas típicamente juveniles, lo cual podría además resolver los presentes enigmas: ¿si *chavala* existe, por qué utilizan los jóvenes *chaval*? ¿Tienden a preferir marcadores fonológica o gramaticalmente más simples? ¿Prefieren usos que violan las normas establecidas y no sólo las sociales sino también las gramaticales? Dejamos, por ahora, estas preguntas sin responder y nos limitamos a citar lo que escribe Serbat (1982: 316): “Une langue, à toute époque, est à la fois système et non-système” – una lengua, en cualquier época, es a la vez sistema y no sistema. Los hallazgos del presente estudio se ajustan perfectamente a esta observación. La lengua está sometida a un cambio constante, y sólo mediante una investigación intensificada y profunda, apoyada en material diacrónico, será posible detectar *por qué* y *en qué momento* las reglas que rigen el uso de la lengua dejan de funcionar como reglas, y *por qué* y *en qué momento* las nuevas reglas que surgen de estos procesos empiezan a ser consideradas como tales. Mientras tanto permanecemos atentos esperando el momento en el cual se viene a utilizar *chaval* sin flexionarse en consentimiento común, si es que el curso de la lengua lo quiere.

Bibliografía

- Aijmer, Karin 2002. *English Discourse Particles. Evidence from a Corpus*. Philadelphia: John Benjamins.
- Aijmer, Karin, Foolen, Ad y Simon-Vandenberg, Anne-Marie 2006. "Pragmatic Markers in Translation: a Methodological Proposal", en K. Fischer (ed.) *Approaches to Discourse Particles*. Amsterdam: Elsevier, 101-114.
- Alonso-Cortés, Ángel 1999. "Las construcciones exclamativas. La interjección y las expresiones vocativas", en I. Bosque Muñoz y V. Demonte Barreto (eds.) *Gramática descriptiva de la lengua española. Entre la oración y el discurso. Morfología*. Madrid: Espasa Calpe, 3993-4050.
- Andersen, Gisle 2001. *Pragmatic Markers and Sociolinguistic Variation. A Relevance-Theoretic Approach to the Language of Adolescents*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Bañon, Antonio Miguel 1993. *El vocativo en español. Propuestas para su análisis lingüístico*. Barcelona: Octaedro.
- Blakemore, Diane 1987. *Semantic Constraints on Relevance*. Oxford: Basil Blackwell.
- Blakemore, Diane 2002. *Relevance and Linguistic Meaning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boyero Rodríguez, María José 2002. *Los marcadores conversacionales que intervienen en el desarrollo del diálogo*. Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia.
- Bravo, Diana 1999. "¿Imagen 'positiva' vs. imagen 'negativa'? : pragmática socio-cultural y componentes de *face*", en *Oralia*. 2, 155-184.
- Brinton, Laurel 1996. *Pragmatic Markers in English. Grammaticalization and Discourse Functions*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Briz Gómez, Antonio 1998. *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*. Barcelona: Ariel.
- Briz Gómez, Antonio 2003. "La interacción entre jóvenes: español coloquial, argot y lenguaje juvenil", en M. Echenique Elizondo y J. Sánchez Méndez (eds.) *Lexicografía y lexicología en Europa y América: homenaje a Günther Haensch en su 80 aniversario*. Madrid: Gredos, 141-154.
- Briz Gómez, Antonio 2004 [2000]. "Las unidades de la conversación", en A. Briz Gómez y Grupo Val.Es.Co (eds.) *¿Cómo se comenta un texto coloquial?* Barcelona: Ariel, 49-80.
- Brown, Penelope y Levinson, Stephen 1987 [1978]. *Politeness. Some Universals in Language Usage*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Buzek, Ivo 2005. "Los términos del 'ramo familiar' y 'nombres del gitano y de su idioma' de origen caló en la lexicografía española actual", en *Sintagma: Revista de lingüística*. 17, 35-50. Publicación electrónica en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1387162>
- Caffi, Claudia y Janney, Richard 1994. "Towards a Pragmatics of Emotive Communication", en *Journal of Pragmatics*. 22 (3-4), 325-373.
- COLAm 2010. Información sobre el corpus y acceso al corpus en www.colam.org. Fecha de acceso: desde el 01.01.2010 hasta el 30.10.2010.
- Cortés Rodríguez, Luis y Camacho Adarve, María Matilde 2005. *Unidades de segmentación y marcadores del discurso: Elementos esenciales en el procesamiento discursivo oral*. Madrid: Arco/Libros.
- DRAE 2010. *Diccionario de la Real Academia Española*. Búsqueda de *chaval* en el diccionario electrónico en www.rae.es. Fecha de acceso: 19.10.2010.
- Escandell Vidal, María Victoria 1993. *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Anthropos.
- Escandell Vidal, María Victoria 1995. "Cortesía, fórmulas convencionales y estrategias indirectas", en *Revista Española de Lingüística*. 25 (1), 31-66. Publicación electrónica en: <http://www.uned.es/sel/pdf/ene-jun-95/25-1-Escandell.pdf>
- Fraser, Bruce 1980. "Conversational Mitigation", en *Journal of Pragmatics*. 4 (4), 341-350.
- Garcés Gómez, María Pilar 2008. *La organización del discurso: marcadores de ordenación y de reformulación*. Madrid: Iberoamericana.
- Garrido Medina, Joaquín 1999. "Los actos de habla. Las oraciones imperativas", en I. Bosque Muñoz y V. Demonte Barreto (eds.) *Gramática descriptiva de la lengua española. Entre la oración y el discurso. Morfología*. Madrid: Espasa Calpe, 3879-3928.
- Gili Gaya, Samuel 1948. *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Spes. Versión ampliada de la primera edición de 1943.
- Hansen Mosegaard, Maj-Britt 1998. "The Semantic Status of Discourse Markers", en *Lingua*. 104, 235-260.
- Haverkate, Henk 1994. *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*. Madrid: Gredos.
- Haverkate, Henk 2002. *The Syntax, Semantics and Pragmatics of Spanish Mood*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Henne, Helmut 1986. *Jugend und ihre Sprache*. Berlin/New York: Walter de Gruyter.
- Herrero, Gemma 2002. "Aspectos sintácticos del lenguaje juvenil", en F. Rodríguez González (ed.) *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 67-96.
- Hopper, Paul 1991. "On Some Principles of Grammaticalization", en E. Traugott y B. Heine (eds.) *Approaches to Grammaticalization. Volume 1. Focus on Theoretical and Methodological Issues*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 17-35.

- Hopper, Paul y Traugott, Elizabeth 1993. *Grammaticalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iglesias Recuero, Silvia 2001. "Los estudios de la cortesía en el mundo hispánico. Estado de la cuestión", en *Oralia*. 4, 245-298.
- Iglesias Recuero, Silvia 2007. "Politeness Studies on Peninsular Spanish", en M. Placencia y C. García (eds.) *Research on Politeness in the Spanish-Speaking World*. New Jersey: Lawrence Erlbaum, 21-33.
- Jørgensen, Annette 2004. "Cola-prosjektet: En korpusbasert undersøkelse av spansk tenåringspråk", en *Tribune, skriftserie for romansk institutt, UiB*. 15, 129-136. Publicación electrónica en: <http://colam.org/publikasjoner/publikasjon-2004.html>
- Jørgensen, Annette 2008. "Tío y tía como marcadores en el lenguaje juvenil de Madrid", en I. Olza Moreno, M. Casado Velarde y R. González Ruiz (eds.) *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 387-396. Publicación electrónica en: <http://www.unav.es/linguis/simposiosel/actas/>
- Jørgensen, Annette 2009. "Los marcadores del discurso del lenguaje juvenil de Madrid y Buenos Aires. Una comparación", en M. Bernal y N. Hernández Flores (eds.) *Estudios sobre lengua, sociedad y cultura: Homenaje a Diana Bravo*. Stockholm: Acta Universitatis Stockholmiensis, 164-177. Publicación electrónica en: <http://urn.kb.se/resolve?urn=urn:nbn:se:su:diva-29765>
- Jørgensen, Annette y Martínez López, Juan Antonio 2007. "Los marcadores del discurso del lenguaje juvenil de Madrid", en *Revista Virtual de Estudos da Linguagem*. 5 (9), 1-19. Publicación electrónica en: <http://www.revel.inf.br/>
- Jørgensen, Annette y Martínez López, Juan Antonio 2009. "'Tronco/a' utilizado como marcador discursivo en el lenguaje juvenil de Madrid", en M. Bernal, J. Falk, L. Fant y F. Ferrando Melià (eds.) *Actas del II Congreso de Hispanistas y Lusitanistas Nórdicos*. Stockholm: Acta Universitatis Stockholmiensis, 67-80. Publicación electrónica en: <http://urn.kb.se/resolve?urn=urn:nbn:se:su:diva-26188>
- Jørgensen, Annette y Stenström, Anna-Brita 2008. "La función fática de los vocativos en la conversación juvenil de Madrid y Londres. Estudio contrastivo", en M. Albelda, A. Briz Gómez, J. Contreras, N. Hernández Flores y A. Hidalgo (eds.) *Cortesía y conversación: de lo escrito a lo oral. III Coloquio Internacional del Programa EDICE*. Valencia/Estocolmo: Universidad de Valencia, Programa EDICE, 355-365. Publicación electrónica en: <http://edice.org/blog/category/2-descargas/>
- Labov, William 1972. *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Landone, Elena 2009. *Los marcadores del discurso y cortesía verbal en español*. Bern: Peter Lang.

- Leech, Geoffrey 1999. "The Distribution and Function of Vocatives in American and British English Conversation", en H. Hasselgård y S. Oksefjell (eds.) *Out of Corpora: Studies in Honour of Stig Johansson*. Amsterdam: Rodopi, 107-118.
- Lorenzo, Emilio 1980 [1966]. *El español de hoy, lengua en ebullición*. Madrid: Gredos.
- Martín Zorraquino, María Antonia 1998. "Los marcadores del discurso desde el punto de vista gramatical", en M. Martín Zorraquino y E. Montolío Durán (eds.) *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco/Libros, 19-53.
- Martín Zorraquino, María Antonia 2006. "Los marcadores del discurso en español: balance y perspectivas para su estudio", en M. Casado Velarde (ed.) *Análisis del discurso: lengua, cultura, valores*. Madrid: Arco/Libros, 43-64.
- Martín Zorraquino, María Antonia y Montolío Durán, Estrella 1998. "Presentación", en M. Martín Zorraquino y E. Montolío Durán (eds.) *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco/Libros, 9-16.
- Martín Zorraquino, María Antonia y Portolés Lázaro, José 1999. "Los marcadores del discurso", en I. Bosque Muñoz y V. Demonte Barreto (eds.) *Gramática descriptiva de la lengua española. Entre la oración y el discurso. Morfología*. Madrid: Espasa Calpe, 4051-4213.
- Montolío Durán, Estrella 1998. "La teoría de la relevancia y el estudio de los marcadores discursivos", en M. Martín Zorraquino y E. Montolío Durán (eds.) *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco/Libros, 93-119.
- Moralejo, José 1986. "Sobre los casos latinos", en *Revista Española de Lingüística*. 16 (2), 293-323.
- Moreno Fernández, Francisco 2005 [1998]. *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- Narbona Jiménez, Antonio 1989. *Sintaxis española: Nuevos y viejos enfoques*. Barcelona: Ariel.
- Nicolle, Steve 1998. "A Relevance Theory Perspective on Grammaticalization", en *Cognitive Linguistics*. 9 (1), 1-36.
- Östman, Jan-Ola 1981. *You Know: A Discourse Functional Approach*. Amsterdam: John Benjamins.
- Östman, Jan-Ola 1995. "Pragmatic Particles Twenty Years after", en R. Hiltunen, S. Tanskanen y B. Wårwik (eds.) *Organization in Discourse. Proceedings from the Turku Conference*. Turku: University of Turku, 95-108.
- Pons Bordería, Salvador 1998. "Oye y mira o los límites de la conexión", en M. Martín Zorraquino y E. Montolío Durán (eds.) *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco/Libros, 213-228.

- Pons Bordería, Salvador 2003. "From agreement to stressing and hedging: Spanish *bueno* and *claro*", en G. Held (ed.) *Partikeln und Höflichkeit*. Bern: Peter Lang, 219-236.
- Pons Bordería, Salvador 2004 [2000]. "Los conectores", en A. Briz Gómez y Grupo Val.Es.Co (eds.) *¿Cómo se comenta un texto coloquial?* Barcelona: Ariel, 193-220.
- Portolés Lázaro, José 2007 [2001]. *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel. Versión ampliada y actualizada de la primera edición publicada en 1998.
- Rodríguez González, Félix 2002a. "Lenguaje y contracultura juvenil: anatomía de una generación", en F. Rodríguez González (ed.) *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 29-56.
- Rodríguez González, Félix 2002b. "Presentación", en F. Rodríguez González (ed.) *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 14-16.
- Romera, Magdalena 2004. *Discourse Functional Units. The Expression of Coherence Relations in Spoken Spanish*. München: Lincom.
- Schiffrin, Deborah 1982. *Discourse Markers: Semantic Resource for the Construction of Conversation*. Ann Arbor, Michigan: University Microfilms International.
- Schiffrin, Deborah 1992 [1987]. *Discourse Markers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schiffrin, Deborah 2006. "Discourse Marker Research and Theory: revisiting *and*", en K. Fischer (ed.) *Approaches to Discourse Particles*. Amsterdam: Elsevier, 315-338.
- Schlieben-Lange, Brigitte 1987 [1975]. *Pragmática lingüística*. Madrid: Gredos.
- Serbat, Guy 1982. "Le système casuel est-il systématique?", en *Revue des Études Latines*. 59, 298-317.
- Traugott, Elizabeth 1995. "Subjectification in Grammaticalisation", en D. Stein y S. Wright (eds.) *Subjectivity and Subjectivisation. Linguistic Perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press, 31-54.
- Urgelles-Coll, Miriam 2010. *The Syntax and Semantics of Discourse Markers*. London: Continuum.
- Verschueren, Jef 1995. "The Pragmatic Perspective", en J. Blommaert, J. Östman y J. Verschueren (eds.) *Handbook of Pragmatics: Manual*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Vigara Tauste, Ana María 1992. *Morfosintaxis del español coloquial. Esbozo estilístico*. Madrid: Gredos.
- Wierzbicka, Anna 1986. "Introduction", en *Journal of Pragmatics*. 10 (5), 519-534.
- Wierzbicka, Anna 1991. *Cross-Cultural Pragmatics. The semantics of Human Interaction*. Berlin/New York: Mouton de Gruyter.

Yule, George 1996. *Pragmatics*. Oxford: Oxford University Press.

Zimmermann, Klaus 2002. “La variedad juvenil y la interacción verbal entre jóvenes”, en F. Rodríguez González (ed.) *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 137-163.